

PÉREZ DE MONTALBÁN, JUAN (1602-1638)

*EL HIJO DEL SERAFÍN, SAN PEDRO DE ALCÁNTARA*

PERSONAS que hablan en ella:

San PEDRO de Alcántara  
ESPESO, criado  
DOROTEA, labradora  
GILA, labradora  
El DEMONIO  
El ÁNGEL de la Guarda  
El NIÑO Jesús  
El REY don Sebastián  
La Madre TERESA  
Dos MONJAS  
Dos LABRADORES  
El GENERAL de San Francisco  
Su COMPAÑERO  
CRIADOS de acompañamiento

JORNADA PRIMERA

Salen DOROTEA y GILA, con tocas y sombreros de camino

DOROTEA:  
¡O mal haya mi ventura  
y mal haya la pollina,  
que tan despacio camina!

GILA:  
Tu cólera y tu hermosura  
pudieran correr parejas.

DOROTEA:  
Con cólera no hay mujer  
hermosa, ni puede ser,  
porque el enojo, las quejas,

el enfado y la pasión  
descomponen el semblante.

GILA:

Ponte un espejo delante,  
verás que tengo razon.

DOROTEA:

Dices bien, porque el reflejo  
del espejo me templara.

GILA:

Y agora para esa cara  
dónde has hallado espejo?

DOROTEA:

Volviendo pues a mi cuento,  
porque bien habrá lugar  
de aquí al lugar de contar  
locuras de un pensamiento.  
Oye mi justa mohina,  
y si es posible callando,  
ten cuenta de cuando en cuando  
con la alfombra, y la pollina.  
En ese monte, de tomillo armado,  
verde gigante, que al abril retrata,  
tan soberbio, que al sol que le a criado  
escalas pone de torcida plata.  
Y cuando necesita de agua el prado,  
de la primera nube la arrebata,  
nuestra aldea mira tan pequeña  
que parece lunar de alguna peña.  
Allí nací, pluguiera a Dios la cuna  
tomara a mi mortaja la medida;  
porque quien nace, Gila, sin fortuna,  
como cosa de sobra trae la vida,  
La vida estriba en esperanza alguna;  
quien no llega a esperar de sí se olvida,  
quien se olvida de sí muerte quiere,  
y quien quiere morir, viviendo muere.  
Estando pues--así la edad provoca--  
en la feria de Alcántara una fiesta,  
rebozada una toca hasta la boca,  
por dar licencia a alguna risa honesta,  
la gala mucha, la ocasión no poca,  
la cara y el andar de fiesta,

y el pie de apretado se desmaya  
asomado al ribete de la saya.  
Vi, por mi mal, un estudiante--¡ay cielos!--  
tan recatado de ojos, que en la feria  
para poder dezirle mis desvelos  
aun con mirarme, no me dió materia.  
Corrió la noche sus oscuros velos,  
huyó la luz de la Región de Iberia,  
cesó la feria, fuyme, y acostéme,  
quise dormir, no pude, y levantéme.  
Supe otro dia, que este mozo era  
hijo de un bachiller, o de un letrado,  
necio sin duda, pus no le altera  
de mis inquietos ojos el cuydado.  
Que quien viéndose amar de esta manera  
y siendo mozo, rico y alentado  
habla del bien querer con tal desprecio,  
o pica en santo, o se consulta en necio.  
Amé, pené, sufrí su tiranía,  
canté, lloré, temí su rigor fiero,  
hablé, cansé, seguí su compañía,  
llegué, culpé, reñí su amor grosero,  
dudé , temblé, sentí su demasía,  
juré, busqué, pedí su blanco azero,  
huyó, calló, dejó mi amor constante.  
¡Qué vívora! ¡Qué fiera! ¡Qué diamante!  
No me quedó para ablandar su pecho  
humana diligencia que no hiciera,  
que a ser capaz el alma de cohecho,  
con oro le comprara que me viera.  
Mas temí que su amor mal satisfecho  
acusara la paga de grosera;  
que comprar el amor, siendo infinito,  
es hacer simonía el apetito.  
En efeto colérica, afligida,  
con ansias, con amores, con desvelos,  
sin ser, sin alma, sin razón, sin vida,  
brasa mi amor, carámbano mis celos,  
suelta la pena, la pasión prendida,  
al monte, al sol; al aire, y a los cielos;  
me voy quejando, y vivo de esta suerte  
colgada de la vida y de la muerte.

**GILA:**

Lastima tengo de ti,  
si bien la razón me advierte,

que el tratarte de esta suerte  
produce... ¿Dirélo?

DOROTEA:  
Sí.

GILA:  
De querer en otra parte.

DOROTEA:  
No Gila, que si eso fuera,  
si no amar, fingir supiera,  
o con industria, o con arte.  
Él no tiene voluntad  
a mujeres, esto es cierto.

GILA:  
Este hombre estará muerto.

DOROTEA:  
Estálo su voluntad,  
pero tente; que allí viene  
para que me pierda más.

Sale fray PEDRO, y ESPESO, de estudiantes  
estudiando en un libro

PEDRO:  
Si no estudias, no sabrás.

GILA:  
Gallarda presencia tiene.

ESPESO:  
Yo he estudiado esta lición  
un mes como un descosido  
y al cabo no la he sabido.

PEDRO:  
¿Y es ésa buena razón?

ESPESO:  
Yo no puedo decorar.

PEDRO:  
Remedio habrá para eso.

ESPESO:  
Mi nacardina es el queso,  
y débeme de matar.

GILA:  
¿Que te apartas y retiras?

DOROTEA:  
Amo y temo.

Mírelas ESPESO a lo pícaro

ESPESO:  
¡Jesu Cristo  
qué gloria!

PEDRO:  
¿Qué es lo que has visto?

ESPESO:  
Andares.

PEDRO:  
¿Qué es lo que miras?

ESPESO:  
¡Por Dios! Que la de esta mano.  
que pisa de gerigonza  
que es de lo de a mil la onza.

PEDRO:  
No te diviertas en vano,  
estudia o me enojaré.

ESPESO:  
Esotra también es rayo,  
y me da por el soslayo  
un poco de mucho pie,  
¡Jesús que pies! Guarda Pablo,  
ella anda en dos baúles.  
Si tuviera ojos azules  
pudiera meterse a diablo.

PEDRO:  
Espeso, si algún achaque

te dan tus ojos de antojos,  
sácate luego los ojos.

ESPESO:

El turco que se los saque,  
toma para ti el remedio,  
que yo los quiero muy bien.

DOROTEA:

Yo llego. En buena hora estén.

PEDRO:

Aquí poner tierra en medio  
importa.

ESPESO:

No la respondes?

PEDRO:

¿Queréis algo labradora?

DOROTEA:

Mucho quiere quien te adora.

ESPESO:

¿De qué huyes? ¿Qué te escondes?

Advierte que es Dorotea,  
aquella que sabéis ya,  
que salpimentada está.

Sin mirarla ha de hablar PEDRO

PEDRO:

Señora el alma desea  
serviros, mas perdonad,  
que no soy mío...(Dios mio,      Aparte  
dadme fuerzas, dadme brío.

GILA:

Hay tal hielo? ¿Hay tal frialdad?

DOROTEA:

Pues vuelve, Pedro, si quiera  
a mirarme, porque yo  
templa mi fuego.

PEDRO:

Eso no,  
que mirarte me perdiera.  
Es arcabuz la ocasión  
armado, que tiene dentro  
plomo y pólvora en el centro.  
Los ojos la llave son,  
el pedernal que da lumbre,  
es la vil naturaleza,  
la pólvora la flaqueza  
de nuestra misma costumbre;  
y así como el alma sabe  
el peligro en que me veo  
cierra la puerta al deseo,  
porque si aprieta la llave,  
y da lumbre el arcabuz,  
aunque el alma se resista  
por la boca de la vista  
saldrá la muerte, y la luz.

ESPESO:

Yo que soy mas material  
digo Gila que te estimo.

GILA:

Advierte que tengo un primo.

ESPESO:

Primo?

GILA:

Primo.

ESPESO:

¿Y es carnal?

GILA:

Es lo que Dios es servido.

ESPESO:

Tal puede ser el suceso  
que no se sirva con eso;  
y yo por Gila estoy perdido  
por ser solo, y por no ver  
cosa que altere mi humor.

GILA:  
¡Oh, qué malo era el señor  
para mula de alquiler!

ESPESO:  
¿Por qué?

GILA:  
Porque me pareces  
espantadizo a la fe.

ESPESO:  
Tú eres peor.

GILA:  
Yo, ¿por qué?

ESPESO:  
Porque te echas muchas veces.

PEDRO:  
Espeso, ¿qué es lo que haces?

ESPESO:  
Querer aumentar el mundo.

PEDRO:  
Necio, loco, vagabundo,  
bien a tu ser satisfaces,  
vete, villano, de aquí.

GILA:  
¿Qué receló el estudiante?

DOROTEA:  
Escucha, escucha un instante,  
o iréme, Pedro, tras ti.

PEDRO:  
Déjame vil cocodrilo,  
que aunque el alma te escuchó,  
no soy pasajero yo,  
ni es esta campaña el Nilo.

DOROTEA:

¿De una mujer huyes?

PEDRO:

Sí,

que no se puede vencer  
sino huyendo la mujer,  
mas pues no puedo por mí  
templar de tu liviandad  
el ardir desatinado,  
en este cristal helado,  
en esta unida frialdad,  
y en este estanque que el cielo,  
por reboltoso prendió,  
y grillos de plata echó  
sobre lazadas de hielo,  
me he de arrojar a tus ojos,  
para que en su centro frío  
se temple tu ardor, y el mío.

ESPESO:

Señor, ¿dónde vas?

PEDRO:

Despojos  
he de ser de su frialdad.

Vase PEDRO

ESPESO:

Tú vas a lindo brasero,  
mira que estás en enero.

GILA:

Arrojóse.

DOROTEA:

¿Qué impiedad!

Vase ESPESO

PEDRO:

¡Válgame nuestra Señora!      Dentro

GILA:

¿Hay tan extraño prodigio?

PEDRO:

Dorotea, Dorotea,                    Dentro  
mira en este centro frío  
el vil sujeto que adoras.

GILA:

Hasta el cuello sumergido  
temblando yace de hielo,  
como entre la nieve el lirio.  
Vamos a ayudarlo.

DOROTEA:

Tente,  
que mi pecho endurecido  
en fiera se ha transformado,  
déjale morir, pues quiso,  
por no mirarme a la cara,  
probar tan necio martirio.  
Mátele el agua mil veces,  
y en su helado domicilio  
desdichadamente acabe,  
siéndole mortaja el río,  
aunque no, no morir,  
que si se arroja atrevido  
al agua, debe de ser,  
porque sabe de sí mismo  
que es todo hielo y nieve,  
y dos hielos en un vidro,  
darán mas frialdad al vaso,  
pero no se harán perjuicio.

ESPESO:

¡Favor aquí, que se ahoga!

GILA:

Mi corazón compasivo  
no puede más, Dorotea;  
porque pienso que te sirvo,  
a ayudarlo voy, adiós.

Vase GILA

DOROTEA:

Vete, y al cielo suplico,  
que le halles cuando llegues  
tan helado, y descaído,

que en la cama de cristal,  
donde muere por esquivo,  
ánimo aun le falte al alma,  
para el postrero suspiro.  
Plegue a Dios le halles muerto,  
que aunque sé que en esto pido  
mi muerte, porque en efeto  
vivo con mirarle vivo,  
mas quiero que de una vez  
caiga el golpe que resisto,  
que no tener un verdugo,  
que a desprecios y a desvíos  
eternamente me acabe.  
Pero, ¿qué es aquello que miro?  
En los brazos de los dos,  
aun no mojado el vestido,  
libre, y sin peligro sale.  
Sombras que el obscuro abismo  
habitáis en voraz fuego,  
pues los cielos no han querido  
matarle, porque yo muera,  
dadme industria, dadme arbitrio,  
dadme poder, dadme modo,  
dadme fuerza, y dadme hechizos  
para obligar a mi amor,  
o ya honesto, o ya lascivo,  
a esta peña, a este diamante,  
a esta nieve, a este granizo  
y, pues que tiene el demonio  
mando, poder, y dominio  
en cualquier causa segunda,  
haced que venga atrevido  
a favorecer mi amor;  
que tan perdida me miro,  
que como venga a lograrle,  
cualquier medio por nocivo,  
y por extraño que sea,  
abrasará mi apetito,  
aunque le trace el infierno,  
o alguno de sus ministros.  
Pero, ¿qué es esto?

Sale el DEMONIO, muy galán

DEMONIO:  
Ya vengo

de tus lágrimas movido  
a ayudarte. ¿Qué te turbas?

DOROTEA:  
Hombre, ¿quién eres?

DEMONIO:  
El mismo  
que estabas llamando agora.  
Sosiega el pecho afligido.

DOROTEA:  
Erizados los cabellos  
y pasmados los sentidos,  
apenas acierto a hablar.

DEMONIO:  
Yo soy la estrella que quiso  
quitarle la silla al Sol  
al instante que me hizo,  
porque en ese mismo instante  
miré en el Verbo Divino  
que Dios había de ser Hombre,  
y que mi espíritu altivo,  
con los demás de mi esquadra  
con cánticos y con himnos  
le habíamos de adorar,  
siendo barro su principio,  
y por no adorar a un hombre,  
aunque el Hombre fuera Cristo,  
perdí la gracia del Padre,  
con la enemistad del Hijo.  
Yo, pues viendo desde el centro,  
donde obscuramente habito  
que triunfa de ti y de mí  
este mozuelo atrevido,  
te vengo a ayudar, escucha  
de mi poder los prodigios.  
Cuantas ciencias, cuantas artes,  
mapas, papeles, y escritos  
tiene el mundo, ya en madera,  
ya en caracteres, ya en libros,  
he visto en un solo instante.  
Por la virtud de los signos  
en lo porvenir rastreo,  
conjeturo y pronostico

los futuros contingentes.  
Y de lo pasado digo  
cuanto ha sido, sin que pueda  
la distancia, o el olvido,  
ni equivocarme dudoso,  
ni suspenderme encogido.  
Yo oscurezco al Sol si quiero  
y en la ciudad de zafiros  
varias impresiones formo,  
haciendo que en pardos giros  
se precipiten las nubes  
dando por el aire gritos.  
Yo altero el mar si me importa,  
y a tanto furor le incito  
que subiendo por el aire  
hecho cometa de vidrio,  
se carea con el cielo,  
y sus peces cristalinos  
con los dos que estan allá  
tal vez nadando se han visto.  
Esto supuesto, yo vengo,  
por ser tu interes y mío,  
a ver si quieres que haga  
inclinando su albedrío,  
que ese Pedro, que se niega  
a tus brazos, y a tus silbos,  
te adore, sirva y regale.

DOROTEA:

Mucho en eso poco has dicho,  
¡notable caso!

DEMONIO:

¿Qué dudas  
siendo yo quien te lo digo?  
Si con el valiera acaso  
el oro, en vasos de Egipto  
a tus pies lo arrojaré,  
castigado del martillo,  
cuanto el Eufrates reserva,  
y quanto sepulta el Nilo.  
Y si hallare en él deseos  
de verse honrado y servido,  
dueño de un reino le haré,  
donde en varios sacrificios  
rendimientos le da el vulgo

que a Dios sólo sean debidos.  
Y por remate de todo,  
y fin de su precipicio  
idolatra de tus ojos,  
haré que en gustos lascivos,  
del carmesi de tu boca  
beba el cándido rocío.  
Más amigo de Dios era  
David, pues le llama amigo,  
y allá en los últimos tercios  
de su vida, por mi arbitrio  
fue adúltero y homicida.  
A un Dios de metal fingido,  
a un pedazo de marfil,  
y a un poco de oro macizo.  
Humo de incienso ofreció,  
en altares de jacintos  
Salomón a persuasión  
de mi mañoso incentivo,  
y de trescientas mujeres  
que en halagos repartidos  
bárbaramente gozaba,  
corriendo la posta al viento,  
mató por Dina a Sichem.  
A Sodoma, y al antiguo  
mundo rendidos, y presos  
tuve con tan fuertes grillos,  
que de Dios vino a estregarse  
la paciencia, y vengativo  
hizo que los elementos  
profanasen lo que el hizo.  
Pues si de raros estragos,  
tantas culpas y delitos,  
tantas infamias y afrentas,  
yo solo la culpa he sido,  
claro está que venceré,  
si con mi poder le embisto,  
ese mozo, que a tu honor  
le cuesta tantos suspiros.  
Y así disponte si quisieres,  
que aunque revuelva los signos,  
y los ejes del infierno  
haga crugir con bramidos,  
he de hacer que en torpe lucha  
más caricioso que tibio,  
Pedro te goce mil veces,

porque de los cielos mismos  
traigo decreto y licencia,  
para hacer en él castigos  
tales, que del fuerte Job  
resuciten el martirio;  
que Dios a quien quiere más  
trata con menos cariño.  
Ánimo, pues, Dorotea,  
que viniendo tú conmigo  
cierta tienes la victoria,  
aunque fuese otro Francisco  
y aunque Dios le hubiera hecho  
larga promesa de auxilios,  
que soy rayo cuando quiero,  
y agora estoy ofendido.

DOROTEA:

A mujer determinada  
excusado desvarío  
es decirla que se anime,  
que como Pedro sea mío  
al infierno bajaré.

DEMONIO:

Pues en premio del servicio  
que pienso hacer a tu amor,  
sola una cosa te pido.

DOROTEA:

Dila presto.

DEMONIO:

Que después  
que le goces en el siglo  
seas mía.

DOROTEA:

Desde agora,  
si este imposible consigo  
el alma te ofrezco.

DEMONIO:

Basta.  
Tocad al arma ministros,  
¡guerra contra Pedro! ¡Guerra  
voy delante!

DOROTEA:

Yo te sigo.

Toquen cajas, vanse y salen PEDRO y ESPESO

ESPESO:

No me hartó de tocarte.

PEDRO:

¿Qué miras? No estoy mojado.

ESPESO:

Por ensalmo te han secado,  
yo te vi de parte aparte  
pasar con mil estocadas  
de agua y hielo mal deshecho.

PEDRO:

Pues tíntame ahora el pecho.

ESPESO:

Ni aun las medias traes mojadas.

PEDRO:

Mira Espeso, quien intenta  
con fe y amor una cosa,  
aunque muy dificultosa,  
como es Dios quien la sustenta,  
y nuestro riesgo previene,  
de suerte la facilita  
con su piedad infinita,  
que ablanda el rigor que tiene;  
y así, en cualquiera ocasión,  
como el cielo te la ofrezca,  
aunque imposible parezca,  
con valiente corazón  
entra en ella que si el cielo  
de tu parte, Espeso, está,  
ni el agua te tocará,  
ni podrá ofenderte el hielo.

ESPESO:

Hará Dios ese favor  
a su amigo o su privado,  
mas yo soy tan desgraciado

y tan grande pecador,  
que si en una laguna entrara  
aunque un sorbo de agua fuera,  
de palomino saliera,  
y cuando muy bien medrara  
después de varios tormentos  
de helarme y de refriarme,  
no bastaran enjugarme  
cien gavillas de sarmientos.  
Entra tú, señor, que tienes  
horca y cuchillo en el agua.

PEDRO:

Dices bien, mi pecho es fragua.  
Vos, Señor, de vuestros bienes,  
y Vuestros rayos divinos  
le llenáis, y le abrasais.  
Gracias a vos que me honráis  
por tan diversos caminos.

ESPESO:

(Mi amo se ha divertido      Aparte  
y detrás de aquel repecho  
me espera Gila. Esto es hecho.  
Si puedo sin ser sentido  
por aquí me he de arrugar.  
Ya estoy el pie en el estribo.

Vase entrando ESPESO

PEDRO:

¡Espeso.!

ESPESO:

(Cogióme vivo.)      Aparte

PEDRO:

¿Dónde vas?

ESPESO:

A decorar.

PEDRO:

Pues teniendo el libro yo,  
¿de qué libro has de aprender?

ESPESO:

No me hace menester  
ese libro.

PEDRO:

¿Cómo no?

ESPESO:

Que traigo otro conmigo.

PEDRO:

¿Adónde?

ESPESO:

En el pecho.

PEDRO:

A ver.

ESPESO:

Bien me lo puedes creer,  
que no soy hombre que digo  
uno por otro.

Desabotónale

PEDRO:

Aquí hay bulto.

ESPESO:

¿Ves como no te he mentido?

(Si el le topa estoy perdido.)    Aparte

PEDRO:

¿Pues, cómo está tan oculto?

ESPESO:

Soy hombre muy recatado.

PEDRO:

Eso es lo que quiero ver.  
Saca unos naipes y caense en el suelo  
¿Qué es aquesto?

ESPESO:

¿Qué ha de ser?  
El libro desencuadernado.

PEDRO:  
¡Buen libro por vida mía!  
No dejarás de estudiar  
muy bien, si das en andar  
con tan buena compañía.  
¡Muy buen Diurnal has traído  
para hablar con Dios un rato!  
¿Es éste todo el recato?  
alza, recoge atrevido  
esos caracteres viles,  
porque no tope con ellos,  
otro que se pierde en ellos  
y sus engaños sutiles.

Valos alzando

Llévalos a esa laguna,  
que yo haré que te castigue  
el Maestro.

ESPESO:  
Quien te sigue  
no espere mejor fortuna.  
(De esta hecha me trasquila.) Aparte

PEDRO:  
¿No te vas?

ESPESO:  
Ya los alcé.  
(Lindo sermón me papé;  
mas escúrrome con Gila.) Aparte

Vase ESPESO

PEDRO:  
Agora que estoy--¡ay Dios!--  
más solo y más retirado,  
quiero, mi Jesús amado,  
entrar en cuentas con vos.  
Vos me distes albedrío,  
y yo por poder pagaros  
lo que me dais vuelvo a daros

por no tener nada mío.  
Y pues que de mis cuidados,  
tan estrecha cuenta os doy,  
que ya vuestro esclavo soy  
con yerros de mis pecados.  
Decidme, Señor divino,  
¿para gozar vuestros brazos  
sin peligros ni embarazos,  
cuál es el mejor camino?  
Yo seré, si vos queréis,  
sacerdote en mi lugar,  
mas no debéis de gustar  
pues que no me respondéis.  
Disponed, Señor, de mí  
pues ya me dispongo yo.  
¿Quedaré en el mundo?

Dentro la MÚSICA

MÚSICA:  
"No."

PEDRO:  
¿Seré religioso?

MÚSICA:  
"Sí."

PEDRO:  
Pues para subir al risco  
de vuestra gracia, Señor,  
¿qué he de hacer?

MÚSICA:  
"Ir al amor."

PEDRO:  
¿Dónde le hallaré?

MÚSICA:  
"En Francisco."

PEDRO:  
Parece del cielo--¡ay Dios!--  
la voz que acabo de oír,  
que no es nuevo recibir

tales regalos de vos;  
pero, ¿qué es esto, mi bien,  
que ilumina todo el suelo?  
¿Es embajada del cielo?

Suena música y sale el ÁNGEL de la  
Guarda con un hábito de San Francisco en las manos

ÁNGEL:  
Pedro sí.

PEDRO:  
¡Qué mayor bien!

ÁNGEL:  
Pedro, el cielo te escuchó  
y agradecido a tu celo,  
rompiendo el muro de hielo,  
que te traiga me mandó,  
el hábito que te aguarda.  
Hijo de Francisco eres.

PEDRO:  
¡Qué soberanos placeres  
siento en mí!

ÁNGEL:  
¿Qué te acobarda?

PEDRO:  
Verme sin merecimiento  
para gozar favor tanto.

ÁNGEL:  
Recibe el hábito santo.

Dásele

Yo te amparo, yo te aliento.  
Dios me ha hecho de tu guarda,  
no temas.

PEDRO:  
Custodio mio,  
en vuestro favor confío.

ÁNGEL:

Con resolución gallarda  
habla a tus padres primero,  
pues todo el amor lo allana,  
y en la Custodia mañana  
de Extremadura te espero.

Vuelve a irse el ÁNGEL, con música

PEDRO:

Hermano Pedro, decid,  
con el presente favor  
¿cómo os va? Diréis que bien,  
y tendréis mucha razón.  
Amor, hagamos locuras;  
pues estáis de buen humor,  
salte el alma de plazer,  
descompóngase la voz.  
Vamos por la calle en cuerpo,  
y juntemos los muchachos,  
que no será nuevo, no,  
supuesto que Dios es Rey,  
tener sus truhanes Dios.  
Vos me llamáis, Señor mío,  
y así a obedeceros voy,  
que con vos decir y hacer  
es la respuesta mejor.  
Dexaré padres y deudos,  
hacienda, mundo y honor,  
que harta riqueza me queda  
pues conmigo quedáis vos.  
Amor, bien debo este afecto  
a un Dios que por mi murió  
como muy hombre de bien  
pues a tantos esperó.  
¡Ay, hábito santo mío!  
¡Ay, soberano cordón!  
¡Ay, tela del cielo en fin,  
pues el cielo la tejió,  
mil abrazos quiero daros,  
y en el mismo corazón  
aposentáros quisiera,  
que no tiene el hombre, no,  
mejor sala que ofrecer  
aunque venga el mismo Dios!  
Mundo, hasta aquí fui cautivo.

La divina redención  
de Francisco me rescata.  
Suyo soy, alla me voy.  
Otra vez vuelvo a besaros,  
y con esto mundo adiós,  
porque me espera Francisco  
en su santa religión,  
y mas vale su zapato  
mil veces que todo voz.

Vase besando y abrazando el hábito y salen

DOROTEA y el DEMONIO

DOROTEA:  
Por aqueste desierto  
de solo fieras y peñascos broncos  
habitado y cubierto,  
¿dónde me llevas con suspiros roncos?

DEMONIO:  
A lograr tu deseo.

DOROTEA:  
Tan lejos estoy de el, que no le veo.  
Si con Pedro he de verme,  
como por tus palabras me aseguras,  
¿de qué sirve traerme  
por este incierto campo?

DEMONIO:  
Si procuras  
remedio a tu tormento,  
oye y verás lo que por él intento.  
Yo supe ayer que hablando  
Pedro estuvo con Dios y Dios le puso  
el corazon tan blando,  
que juntamente le obligó y dispuso  
a que el mundo dejase,  
y de Francisco el hábito tomase.  
Agora, agora pide  
a su padres con lágrimas licencia.  
Agora se despide,  
y a sus deudos haciendo resistencia;  
no llora, que no llora  
quien ve que en lo que deja se mejora.

A pie con un criado,  
ya de la villa se despide y parte  
sólo a un palo arrimado,  
porque sustenta Dios la mayor parte,  
mas mi engaño por eso  
hará doblar de su virtud el peso.  
Por aquesta vereda  
ha de pasar para pasar el río,  
y yo, porque no pueda  
pasarle sin hacer un desvarío,  
la barca hice pedazos.  
Rompí las tablas, y corté los lazos.  
Mira como ya llueve  
ya las nubes parece que la tierra  
todo el agua les bebe.  
Mira cubierta de temor la sierra,  
el viento alborotado,  
cobarde el sol, y enternecido el prado.  
Todo aquesto que he hecho  
es porque Pedro que tras nosotros viene,  
donde en viendo deshecho  
ese animado leño que va y viene,  
con los dos hará venta,  
y pagará del gusto la pimienta.  
En aquella cabaña,  
ancho palacio a unos pastores,  
metiendo yo cizaña,  
se dexará llevar de tus amores,  
que en la ocasión no hay santo;  
que aunque lo sea lo parezca tanto.  
La noche, la hermosura,  
la soledad, el frío, y el regalo  
trocarán su cordura.  
que el bueno en la ocasión tal vez es malo,  
pues para errar el hombre  
trae la sogá arrastrado con el nombre.  
Enamorosos quiebros  
al son cantados de las aguas mudas  
te infundiré requiebros  
que basten a ablandar las peñas duras.  
Ambar pondré en tu boca,  
si es que a la lujuria el buen olor provoca.  
Mas, tente; que ya llega,

DOROTEA:

Agora sí tus verdades creo.

DEMONIO:

Ya baja, ya se ciega  
con el ayre, y el agua.

DOROTEA:

Ya le veo.

DEMONIO:

Hoy cumplirás tu gusto  
que con mujer no hay hombre que sea justo.

Salen PEDRO y ESPESO de camino, con alpargatas y  
palos en las manos, ESPESO muy mojado y PEDRO, no

ESPESO:

El demonio me engañó.  
Buen camino hemos traído,  
dos horas nos ha llovido.

PEDRO:

Dios que el trabajo embió,  
el remedio nos dará.

ESPESO:

Miren, ¿qué bota de vino,  
o qué jamón de tocino?  
¿Hay tal flema?

PEDRO:

Bien está.

ESPESO:

No está; que es mucho ademán  
habiendo en casa seis machos,  
venir como los muchachos  
cuando por novillos van.

PEDRO:

Quien ha de ser religioso...

ESPESO:

No es serlo quererlo ser.

PEDRO:

Yo hago lo que he de hacer.

ESPESO:  
Tú tienes lindo reposo;  
mas allegate acá.

Tiéntele todo

PEDRO:  
¿Qué miras?

ESPESO:  
Si es de seda aqueste flueco.  
(¡Vive Cristo, que está seco!)      Aparte

PEDRO:  
¿Qué me tuestas y te admiras?

ESPESO:  
Agora te lo diré acute;  
Tú, señor, en confianza,  
de que el agua no te alcanza  
ni aun a la planta del pie.  
Entras por ella, y de mí,  
aunque en los charcos me pierdas  
ni te dueles ni te acuerdas,  
pero no ha de ser así.  
Agora suelta la capa.

Quitale la capa y el sombrero

PEDRO:  
¿Qué haces, Espeso amigo?

ESPESO:  
Trocar vestido contigo,  
que si por tuyo se escapa  
de este elemento arrogante.  
Poniéndote mi vestido,  
el cielo comedido  
te secará al instante,  
y estando muy bien seco  
de aquel pasado rocío  
bolveré a ponerme el mío,  
y desharemos el truco.

PEDRO:

Eso de muy buena gana,  
que porque tú vayas bien  
iré yo mal.

ESPESO:

Está bien

Vale quitando la sotana, y luego pónela la suya

mojada ropa. ¡Fuera de sotana!

DEMONIO:

Salgamos que ya estoy loco.

ESPESO:

Parece que te refresca.

PEDRO:

¿Y ésa?

ESPESO:

Está como una yesca.

PEDRO:

¿Quieres más?

ESPESO:

Que poco a poco  
te vayas desatacando  
que me he de poner los grigüescos  
porque estos vienen muy frescos.

DOROTEA:

Como que vamos andando,  
nos llegaremos.

PEDRO:

Espera,  
que hacia allí siento pisadas,

Lleguen rebozados DOROTEA y el DEMONIO

DEMONIO:

Buenas noches camaradas.

ESPESO:

Buenas cenas también fuera  
buen modo de saludar.

PEDRO:

Nuestro Señor sea bendito,

DEMONIO:

(También a no estar precito,      Aparte  
le supiera yo alabar.)

DOROTEA:

Vengan en hora buena,  
que si aquí quieren quedarse,  
por descansar y enjugarse,  
habrá cama, lumbre y cena.

ESPESO:

Yo ya me doy por quedado.

PEDRO:

Antes quisiera llegar,  
a ser posible al lugar.

DEMONIO:

Venis desesperado,  
pues con tal noche queréis  
pasar estando el camino  
tan malo.

ESPESO:

¡Qué desatino!

DOROTEA:

Aquí descansar podéis,  
no faltará vino y pan  
con su pedazo de queso.

ESPESO:

Será esto para Espeso:  
una gallina, un faisán.  
¡Oh, divinos valedores,  
de cansados pasajeros,  
abrazaros tengo y veros.  
Señor, aquestos señores  
nos hacen tanto favor,

que es necedad no aceptar.

PEDRO:

En fin, te quieres quedar.

ESPESO:

Fuera lo demás error.

PEDRO:

Alto pues, por ti me quedo.

A DOROTEA

DEMONIO:

Llega agora, que ya está  
mas blando.

Llega DOROTEA

DOROTEA:

Luego se hará  
la cama y verá que puedo  
servir al rey de la tierra;  
que sois vos regalo mío.

PEDRO:

(Señor, contra el albedrío      Aparte  
el espíritu hace guerra.)

DOROTEA:

¿Conoces esta hermosura?

PEDRO:

No quiere Dios que la vea.

DOROTEA:

Mira que soy Dorotea.

PEDRO:

¿Quién?

DOROTEA:

Quien servirte procura.

Retírase el santo PEDRO

PEDRO:  
¡Válgame Dios!

DOROTEA:  
¿Qué te espantas?  
Dorotea soy que vengo,  
pues más remedio no tengo,  
siguiendo, Pedro tus plantas.  
Si con tu talle me encantas,  
con tu tibieza me enciendes.

PEDRO:  
Pues ya de mí, ¿qué pretendes?

DOROTEA:  
Quejarme de tu rigor,  
pues porque te tengo amor  
bárbaramente te ofendes.

PEDRO:  
Yo me ofendo porque sé  
que no hay amor tan honesto  
que no llegue a descompuesto  
si se trata y si se ve;  
que aunque Dios conmigo esté,  
si yo la ocasión que veo  
no la huyo y la rodeo,  
moriré muerte civil;  
porque siempre fue sutil  
el ingenio del deseo.

A DOROTEA

DEMONIO:  
Déjale entrar y después  
hará la ocasión su oficio.

DOROTEA:  
Pues ya que tienes por vicio  
el amor, aunque cortes,  
entra a cenar.

PEDRO:  
Pues, ¿no ves  
que te debo yo estorbar  
el pecar, y que en entrar,

aunque yo me libre a mí,  
peco, porque doy así  
ocasión para pecar?

DEMONIO:

No es pecar cenar aquí  
habiéndote de quedar.

PEDRO:

Irme puedo sin cenar.

ESPESO:

¡Ay, descenado de mí!

DOROTEA:

¿Es posible que de ti  
no confías algo?

PEDRO:

No,

que un Pedro mejor que yo,  
sólo por llegarse a ver  
en ocasión de mujer,  
a su mismo Dios negó.  
Estando delante de él  
fervoroso y impaciente  
sacó el acero valiente,  
y a Malco ofendió con el,  
y en apartándose de él,  
de una mujercilla al grito  
negó su nombre infinito  
aun antes de dar las doce,  
porque nadie a Dios conoce  
delante de su apetito.  
De la ocasión todo nace,  
y así, quien en ella entra,  
y con su muerte no encuentra,  
ese tal milagro hace,  
y así decidle que trace  
de dar vida a un cadáver yerto;  
que entrar a riesgo cierto,  
y salir libre después,  
mucho más milagro es  
que resucitar un muerto.

DOROTEA:

Pues aquesta noche, ingrato,  
aunque te pese has de hacer  
milagros, y una mujer  
ha de vencer tu recato.

PEDRO:

Pues, ¿no será más barato  
dejarte yo?

DOROTEA:

No será,  
porque el río en medio está.

PEDRO:

También hay barca en el río.

DEMONIO: (Logróse el intento mío.)      Aparte

Allegad todos acá.  
Aquella leña vacía  
que está de este tronco enfrente  
era el estribo valiente  
de la barca que aquí había.  
Aqui se ataba y torcía  
la cuerda; pero denantes  
un viento, con arrogantes  
impetus, la arrebató,  
y casi con ella dio  
en los celestes diamantes.

ESPESO:

Buen pulso tuvo ese viento.

PEDRO:

¡Válgame Dios! ¡Qué desgracia!

Tómele las manos DOROTEA

DOROTEA:

¿Qué desgracia, si en mi gracia  
hallas tal acogimiento?

PEDRO:

Señor, de mi pensamiento  
me librad.

DEMONIO:

Si Dios quisiera  
librarte, no permitiera  
que la barca se quebrara.

PEDRO:  
También otra me enviara,  
si mi fe lo mereciera;  
pero no importa, traidor,  
que ya sé quién puedes ser;  
que antes de mucho has de ver  
vencido tu loco error.

A ESPESO

Ven tu conmigo.

ESPESO:  
Señor,  
¿adónde vas?

PEDRO:  
A pasar.

ESPESO:  
¿Cómo si no sé nadar?

PEDRO:  
No importa, amigo, que Dios  
sabrà pasar a los dos  
sin nadar y sin pasar.  
Sígueme.

ESPESO:  
Vete sin mi,  
que yo bien estoy acá.

Al irse a entrar sale Cristo en forma de NIÑO Jesús

NIÑO:  
Pedro, barca tienes ya,  
tu fe me ha traído aquí.  
Venid los dos.

DEMONIO:  
¡Ay de mí!

PEDRO:  
Siempre, Señor, me honráis vos.

ESPESO:  
¡Tamañino estoy por Dios!

NIÑO:  
Dame la mano.

ESPESO:  
¡Qué dicha!

Vanse el NIÑO, PEDRO, y ESPESO

DEMONIO:  
¡Oh, pesia con mi desdicha!  
Abrazados van los dos.

DOROTEA:  
Pedro, Pedro.

DEMONIO:  
¿Qué le llamas,  
si le lleva Dios al lado.

DOROTEA:  
Ya en la barca se han entrado

DEMONIO:  
Y yo quedo en vivas llamas.

DOROTEA:  
Ya las olas, y las lamas  
rompe el esquife brillante.

DEMONIO:  
Y yo por no estar delante  
al infierno voy a huír.

DOROTEA:  
Y yo a tratar de morir  
desesperada y amante.

Vanse entrambos cada uno por su puerta, y al son de  
las chirimias se descubre una barca muy linda, el ÁNGEL de  
la Guarda por barquero, el NIÑO, PEDRO y ESPESO

NIÑO:

Ya, Pedro, en la barca estás,  
que si el demonio rompió  
una, mi amor fabricó  
otra que es en la que vas.

PEDRO:

Mirad, Señor, que haceis más  
de lo que mi amor pedía.

NIÑO:

El barquero que te guía  
es la guarda que te di.

ÁNGEL:

Señor, partiremos?

NIÑO:

Sí.

ESPESO:

¡Qué música! ¡Qué alegría!

Vuelven a tocar chirimías y parte de una  
parte a otra la barca y luego se cubre con una cortina

## JORNADA SEGUNDA

Sale fray PEDRO, ya con el hábito descalzo,  
deteniendo a ESPESO, que vendrá de lego gracioso  
como hortelano y traiga el Santo PEDRO una carta

ESPESO:

¡Voto a tal!

PEDRO:

¡Jesús hermano,  
cierto que me escandaliza.

ESPESO:

¡Que se coman la hortaliza!

PEDRO:

Vaya, váyase a la mano.

ESPESO:

No puedo que es gran maldad  
lo que pasa en esta huerta.  
En viendo la puerta abierta,  
como si fuera ciudad,  
que se da a saco, se entran  
y a troche y moche sin ver,  
que se acaba de poner,  
con lo primero que encuentran.  
Se dan un filo en los dientes,  
y buscando los cogollos  
hacen pascua de repollos  
como Herodes de Inocentes.  
Las lechugas, sin limpiar,  
se las meten a docenas.  
De coles y berenjenas  
es un sin fin de contar  
lo que aquestos padres comen.

PEDRO:

A la hambre no hay pan malo,  
y como están sin regalo  
no me espanta que le tomen  
alguna cosa.

ESPESO:

Ayer vi  
cierto padre que se entró  
en el habar, a quien yo  
atisbé como un nebli  
por entre aquellos jarales,  
y con cáscaras y todo  
engullir le vi de modo,  
que apenas en dos costales  
cupiera la cantidad;  
mas viendo que no mondaba  
ni aun por cumplimiento un haba  
dije, "Gran necesidad  
tiene el padre reverendo,"  
y callé; mas de allí a un rato  
vi que con menos recato  
iba mondando y comiendo,

y cuando ya imaginé  
que se iba y lo dejaba,  
después de mondar el haba,  
--con esto me rematé--  
le vi muy necio quitar  
aquella postrer camisa  
que con su esmeralda frisa,  
y de una manga sacar  
un papel, en que traía  
--aquello fue su mal--  
un panecillo de sal  
en que mojaba y comía;  
mas yo que estaba hasta aquí  
de cólera y con razón  
me fui a él como un león  
y como prior me vi  
de la guerra, pues me han dado  
por mi cuenta su distrito,  
lo primero le di un grito  
con que le dexé atontado,  
y luego con la mohina  
colérico e inhumano  
le di de mi propia mano,  
tan cumplida disciplina  
que llevó como un clavel  
todo el globo circular  
que aunque pudiera aguardar,  
a que la tomase él  
parecióme que era atajo  
el no se lo encomendar  
y así se la quise dar  
por quitarle de trabajo.

PEDRO:

¡Jesús! Ni aun de papirotos  
le había de dar sin mí.

ESPESO:

Pues no, padre, no le di  
sino hasta noventa azotes.

PEDRO:

Cierto que si no supiera  
que era un insensato, un loco  
inocente, y para poco,  
porque escarmento hiciera

un gran castigo, en señal  
de su necio frenesí.

ESPESO:

Yo hasta las habas sufrí,  
pero no pude la sal.

PEDRO:

Miren qué grandes delitos  
para tan poco desgarró.  
No me hables más.

ESPESO:

¿Y fue barro  
quitar los ollegitos?

PEDRO:

No vaya más a la huerta.  
Sirva solo en la cocina.

ESPESO:

Oh, lengua hermosa, y divina,  
lengua que a premiar acierta,  
ahora sí que será,  
Espeso, un santo, eso sí  
que me viene bien a mí,  
como en ello se verá.  
Adiós cansado azadón.  
Adiós espuerta. Adiós noria.  
Adiós parda zanahoria.  
Adiós escrito melón,  
berengena de tres suelas,  
rábano descolorido,  
cohombro largo y torcido,  
pepino con sus viruelas,  
mastuerzo estornudador,  
descompuesta calabaza,  
menudísima mostaza,  
anchísima coliflor,  
acelga larga, y angosta,  
peregil que abre la gana,  
y de color de gitana  
lentenja de poca costa,  
fresca, y sabrosa lechuga,  
cebolla blanca y grosera,  
escarola como cera,

berza que la frente arruga.  
ajo, repollo, garbanzo,  
berro, espárago arbejón,  
haba, achicoria, bretón,  
cambueso, espliego, y mastranzo.  
Adiós, pues hoy mis cautelas  
truecan vuestros embarazos  
por asadores, por cazos,  
ollas, sartenes, cazuelas,  
platos, carbón, escudillas,  
peroles, jarros, pucheros,  
alnases, tazas, morteros,  
estropajos, y rodillas  
donde entrare por mi bien  
flaco triste, y lechuguino,  
y saldré como un cochino  
por siempre jamás, amén.

Vase ESPESA, saltando y haciendo reverencias al Santo, PEDRO

PEDRO:

Ya se fue. Vaya con Dios,  
que cierto que me ha enojado,  
pero habémonos criado  
desde muchachos los dos  
siempre juntos, y no sé  
tratarle mal aunque quiera.  
Mas, Señor, ¿de qué manera  
podrá deciros mi fe,  
lo que debo a vuestro amor?  
Por vos, mi Dios, vine aquí.  
El hábito recibí,  
vos sabeis esto mejor;  
el año del noviciado  
le paseé con mil favores,  
gustos, regalos y amores,  
de vos siempre visitado,  
no porque lo mereciera,  
que ya sé, mi Dios, que soy  
siervo inútil, y no doy  
aquel fruto que pudiera;  
mas como vos sois amante,  
y al alma galanteáis,  
siempre con ella os andáis  
sin quitaros de delante.  
Salí de novicio en fin,

y fui portero después,  
oficio que muy bueno es,  
mas como vos sois mi fin,  
tal vez me daba pesar,  
estando juntos los dos,  
haber de dejar a Dios  
por hablar con un seglar.  
De portero fui enfermero,  
y aunque grande pecador,  
mis enfermos, que favor,  
tanta ventura tuvieron,  
que muchas veces bajastes  
con vuestra Madre María  
a la pobre enfermería,  
donde a todos visitastes,  
y en nada mira a quien ama;  
pues tal vez, dichoso yo,  
vuestra madre me ayudó  
a hacer a alguno la cama.  
De enfermero a guardián,  
sin algún merecimiento,  
he venido a este convento  
que vuestros favores van  
muy apriesa en mi favor.  
Aqui, Señor, me tenéis.  
Yo quiero lo que queréis,  
que lo demás fuera error.  
Mas, ¿cómo, Dueño amoroso  
nada me habéis preguntado  
de esta carta que me han dado?  
¿Cómo no estáis muy celoso?  
Que a fe que es hermosa dama,  
y tanto que por hermosa  
pretende ser vuestra esposa,  
que bien puede quien bien ama.  
Señor, Teresa me escribe,  
que aunque salió con su intento,  
y ha fundado su convento  
afligida siempre vive  
con su confessor, que como  
tanto vuestro amor la enciende,  
nadie su espíritu entiende  
y a su amor llaman asomo  
de superstición, probando  
que no es Dios tan familiar  
que con ella se ha de citar

a todas horas hablando,  
como si en su santo nombre  
no hubiera mayor jornada  
de hacer al hombre de nada,  
que es hablar después al hombre.  
Dad pues dulce amado mío,  
luz de esta Luz Celestial,  
al padre espiritual  
que gobierna su albedrío.  
Bien Teresa lo merece,  
que es santa, discreta, y bella.  
¡Oh, quien fuera como ella!  
Que bien ama, que bien crece  
en su espíritu. Mi Dios,  
una envidia virtuosa  
tengo de ver cuan gozosa  
se requebrara con vos.  
Como discreta os dirá  
mil amorosas ternezas,  
mil gracias y sutilezas  
y vuestro amor, claro está,  
la responderá otras tantas.  
¡Ay, Señor! ¡Si yo supiera  
deciros lo que quisiera  
arrojado a vuestras plantas!  
Pero yo quiero probar,  
y si errare, vos podéis  
enmendarme pues sabéis.  
Vaya pues de enamorar.  
¿Vos sois Jesús? Que sé yo,  
que vuestro divino ser  
puede el alma creer,  
pero penetrarle no.  
¿Diré que os amo, mi Dios,  
tanto como vos a mí?  
Pero no es que no es así,  
pero como os cuesta a vos  
una vida bien perdida,  
que es donde amor echó el resto,  
y me amáis conforme os cueste  
será como a vuestra vida.  
Y si la vida es en Dios,  
el mismo ser que tenéis,  
y como a vos me queréis,  
más que yo, me queréis vos.  
Diré que sois; mas no acierto,

Señor, a deciros nada  
que el alma de apasionada,  
aunque su amor es tan cierto,  
se encoje, se atemoriza,  
se cobarda, y se recata,  
y los amores que trata  
entre sí los solemniza  
porque un corazón amando  
cuando os tiene a vos por centro  
tiene la lengua hacia dentro,  
y dice mucho callando.  
Y si no tenéis paciencia  
y veréis si sabe hablar.

Sale ESPESO y quédase PEDRO como hablando  
con Dios

ESPESO:

Aquí se debe de estar,  
mire vuestra reverencia  
que aguarda en la portería  
una grande muchedumbre  
de villanos, no dio lumbre.

PEDRO: Que soberana alegría!

ESPESO: Vuelve otra vez un tropel  
de gente y un estudiante

--parece un representante  
cuando estudia algún papel.

¿Qué he de decir? ¿Que no entre?

Eso es hablar en desierto  
que el uno de ellos es tuerto  
que te duele mucho el vientre.

Esto es cansarnos en vano.

Mira que es necesidad  
de un prójimo, que piedad  
recordo.

PEDRO:

¿Qué es eso hermano?

ESPESO:

Pienso que una endemoniada  
que se está haciendo pedazos,  
y dizque da unos porrazos  
segun dice el camarada,  
que a mira y a maravilla

se puede venir a ver,  
porque de un golpe es mujer  
que remacha una costilla;  
mas helos aquí.

Sale DOROTEA endemoniada  
y teniéndola dos o tres labradores

DOROTEA:

Dejadme.  
¿Qué me queréis viles hombres?  
Mujer soy como las otras.  
¿Qué me atormentais traidores?  
Dejadme, o viven los cielos,  
y el infierno vive, adonde  
mientras que Dios fuere Dios  
he de vivir, que os ahogue,  
y a bocados os abraze.

ESPESO:

¿No la ves? ¿No la conoces?  
Dorotea es sin duda,  
que ciega de tus amores  
habrá tenido este fin.  
Mírala bien las facciones.

PEDRO:

Como nunca la miré,  
aunque en muchas ocasiones  
me ha hablado, no la conozco.

LABRADOR 1:

Allega padre y socorre  
este trabajo.

Al llegar PEDRO, hace DOROTEA  
grandes extremos

PEDRO:

Apartad,  
y tú, loco, no alborotes  
la casa que no fue tuya.

DOROTEA:

Pues, ¿con estos embaidores  
al convento me traéis

no teniendo yo calzones?  
El Obispo lo sabrá.

ESPESO:

¡Jesús, qué de mojicones!  
Ellos salen de esta hecha  
sin narizes, ni bigotes.  
Dios defienda nuestro barrio.

PEDRO:

Que calles y te reportes  
en nombre de Dios te mando.

DOROTEA:

Así, tu amor me perdone,  
no eres Pedro, Pedro mío,  
mi rey, mi señor, amores.

PEDRO:

Deten la lengua, no hables.

DOROTEA:

Pues hipócrita mal hombre,  
¿así desprecias y olvidas  
antiguas obligaciones?  
¿No te acuerdas santurrón,  
cuando en el campo una noche,  
junto a la barca del Tiétar,  
me forzaste entre unos robles?  
Y, aunque eres fraile, he corrido  
por tu cuenta desde entonces,  
que para con las mujeres  
también los frailes son hombres.

Escóndese ESPESO detrás de todos

ESPESO:

Sí, por cierto, por aquí  
me meto, porque no tope,  
conmigo aqueste demonio  
y de paso me deshonne;  
que soy muy gran pecador,  
y me sabe los rincones.

PEDRO:

A no tener de su mano

el cielo nuestras pasiones  
claro está que le ofendiera  
el más santo, el más conforme,  
pero no es así, traidor,  
que de sus frailes menores  
tiene Dios mucho cuidado.

DOROTEA:

Y aquél que está en el esconce  
de gata de Mari Ramos,  
¿qué diremos de él?

ESPESO:

(Pescóme;       Aparte  
mas quiero hacerme su amigo  
porque con otro desfogue.)  
Dios guarde a vuesa merced  
y la de de sus favores,  
que él sabe que se lo pido  
en mis pobres oraciones.

DOROTEA:

No he de menester yo a Dios.

ESPESO:

Pues no sea, no se enoje  
llévenla todos los diablos,

DOROTEA:

Si harán, señor sacrimoche,  
pero porque se mesura,  
que se mirla, que se encoge,  
cuantas veces diga ha ido  
de Alcalá a Güete, con orden  
de nuestro padre guardián.

ESPESO:       ¡Jesús, Jesús, no lo tome  
en la boca! Dios sea aquí.

DOROTEA:

Como está Gila, crióse  
aquel infante de marras,  
forjado entre diez y once.

ESPESO:

(Partióme de medio a medio.)   Aparte  
Señor demonio, reporte

la lengua, o con el hisopo,  
que es en la iglesia mi estoque,  
le daré mil vergonazos.

Enfurécese DOROTEA y va tras él

DOROTEA:  
Pues, ¿tú también te me opones?  
¡Soltadme, perros, soltadme!

ESPESO:  
¡Oh, quien se fuera a la torre!

DOROTEA:  
Y veréis como al bigardo.

ESPESO:  
Ténganla muy bien, señores.

LABRADOR 1:  
No haya miedo que se suelte.

DOROTEA:  
Matarte tengo.

ESPESO:  
¡San Cosme!

DOROTEA:  
Allá voy.

ESPESO:  
¿Para qué diablos!

LABRADOR 2:  
No tema.

ESPESO:  
Mal la conocen,  
mejor lo hará ella que lo dice.

DOROTEA:  
Mas de ochenta mil azotes,  
te he de dar.

ESPESO:

Si es por vengar  
los del padre, advierta y note  
que no llegaron a ciento.

LABRADOR 1:  
No vale que tira coces.

Suéltese y pegue a ESPESO

ESPESO:  
Favor aquí padre mío.

PEDRO:  
Monstruo tente.

DOROTEA:  
No me toques.

PEDRO:  
Sí, quiero.

DOROTEA:  
Pues, ¿qué me quieres?

PEDRO:  
Que escuches.

DOROTEA:  
Pues a razones  
quieres ponerte conmigo,  
siendo yo por todo el orbe  
graduado en cualquier ciencia.

PEDRO:  
No me importa nada, oye.

ESPESO:  
Medio muerto me ha dejado.

PEDRO:  
Di, ¿por qué tantos rigores  
usas con aqueste cuerpo  
porque le ofendes y rompes?

DOROTEA:  
Porque me ha dado palabra

de ser mío si de un hombre  
gozaba lascivamente.

PEDRO:

¿Y ese tal hombre rindióse  
a su gusto?

DOROTEA:

Por lo menos  
con ella estuvo una noche,  
si ella perdió la ocasión  
y dejó pasarla en flores,  
no tuve la culpa yo.

PEDRO:

Sí, pero el concierto entonces  
fue de allanarle a su gusto  
para ser con ella torpe,  
mas si tú no lo cumpliste,  
¿qué ley hay para que cobres  
la palabra que te dio  
faltando las condiciones?

DOROTEA:

Yo soy menor, y no pude  
dar palabra, sin que otorgue  
su poder todo el infierno,  
y le firme de su nombre,  
mas ella que su albedrío  
goza, sin que Dios la estorbe,  
bien pudo de lo que es suyo  
hacer lo que quiso entonces.

PEDRO:

Sí, pero advierte enemigo,  
si a ese grado te acojes,  
que también ella es menor.

DOROTEA:

¿Cómo?

PEDRO:

Escucha, y no te asombres.  
Tenedla bien.

DOROTEA:

¿Qué me quieres?

PEDRO:

Hacer que el hábito tome  
de mi padre San Francisco,  
y prometer en su nombre  
recibirle, con que queda  
de nuestra Tercera Orden  
menor.

Pónele el hábito encima de la cabeza

DOROTEA:

¡Oh, pesia al infierno!

PEDRO:

Señor, manda que no postre  
más el demonio este cuerpo.

DOROTEA:

Daré gritos, dare voces,  
y haréme pedazos antes.

ESPESO:

Bravo diluvio de golpes.

DOROTEA:

Pedro dejame, ya salgo,  
y al infierno me voy, adonde  
diré blasfemias de Dios.

Cae DOROTEA en el suelo  
y sale de junto a ella un cohete

ESPESO:

¡Gran milagro!

LABRADOR 1:

¡Desmayóse!

ESPESO:

¡Esto es ir echando chispas  
propiamente! Zabullóse.  
Ya estará de chicharrón  
en algún perol en azogue.  
Dios guarde a tu reverencia

que a este diablo matalote  
ha puesto como merece,  
que es un mal Cristiano, y pone  
con sus necias palabradas  
en ocasión.

PEDRO:

No se enoje.  
A Dios se lo debe todo,  
y así por tantos favores  
démosle todos las gracias.

LABRADOR 1:

¡Qué santidad tan conforme!

LABRADOR 2:

¡Qué virtud tan bien fundada!

ESPESO:

¡Qué humildad sin invenciones!

PEDRO:

Y ella hermana, pues que Dios  
de este soberbio Faetonte  
la ha librado, vuelva en sí.

DOROTEA:

Ya vuelvo, y que me perdones,  
con lágrimas en los ojos  
que son las lenguas mejores,  
pido a tus pies, padre mío.

PEDRO:

Pues advierta que en su nombre  
he dado a nuestro Señor  
palabra, que en nuestra orden  
tomará el hábito santo.  
Álcese. ¿Qué me responde?

DOROTEA:

Padre.

PEDRO:

No pase adelante  
que ya entiendo sus razones.  
Dirá que tiene a Teresa,

por vecina, santa y noble,  
devoción, y que quisiera  
en uno de sus rincones  
acabar. ¿No es así?

DOROTEA:

Si Dios con secretas voces  
a tu amor se lo revela,  
porque mi intento se logre,  
claro está que será así.

PEDRO:

Pues hija no se apasione,  
que la palabra que di  
comuto, y porque no tome  
acá otra vez, al momento,  
pues todo bien se dispone,  
escribiré a nuestra madre,  
que tuve una suya anoche,  
y sé yo que hará por mí  
cualquier cosa. Mas, ¿qué coches  
son éstos que el campo cubren,  
y van saliendo del bosque?

LABRADOR 1:

Padre, el rey don Sebastián  
salió antiayer de la corte  
para el África, y vendrá,  
porque la victoria goce  
a recibir de esta casa  
las últimas bendiciones.

PEDRO:

Pues vamos a retirarnos  
que con los grandes señores  
parece mal la pobreza.

ESPESO:

Padre, en tales ocasiones  
paréceme que es forzoso  
que le recibas y alojes.

PEDRO:

Mire hermano, nuestro padre  
general, viene en su coche.  
Él sabrá lo que se ha de hacer.

Adiós, hijos. Venga.

Abraza a todos y dales a besar el hábito

ESPESO:

Voyme,  
por acá, porque aún me temo  
que esta mujer se endemonie  
segunda vez, por vengar  
al padre de los azotes.

Vanse y sale al son de cajas muy acompañado  
el REY don Sebastián con bastón, el DUQUE de  
Vergzana, y otro CABALLERO

DUQUE:

Ésta, Señor, es la casa  
de fray Pedro.

REY:

Es una perla.  
Mucho me he holgado de verla.

DUQUE:

De cuarenta pies no pasa  
de ancho y largo, con tener  
celdas, claustros y cocinas,  
con todas las oficinas  
que pueden ser menester.

REY:

Todo es cielo aquesta tierra,  
y así a fray Pedro llamad,  
porque en tanta tempestad,

Vase el CABALLERO

para tener de esta guerra  
la vitoria que procuro  
y contra el África trazo,  
pienso que con un abrazo  
de fray Pedro la aseguro,  
tal es su gran santidad,  
a lo menos en mi opinión.

DUQUE:  
Y en toda la religión.

Vuelve a salir el CABALLERO con fray PEDRO, que  
vendrá como de mala gana

CABALLERO:  
Mire que su majestad  
le está esperando.

PEDRO:  
Recelo  
que vengo, señor turbado  
porque como nunca he hablado  
sino con el rey del cielo,  
pienso que no he de amañarme.  
Mas si la santa obediencia  
lo manda, tendré paciencia,  
que esto debe de importarme.

CABALLERO:  
Ya fray Pedro está aguardando.

DUQUE:  
Pues ¿por qué no llega? ¡Ea,  
que su majestad desea  
hablarle! ¿Qué está dudando?

PEDRO:  
(De ver el trágico fin      Aparte  
que al rey aguarda después.  
¡Oh, valiente portugués,  
mas sin experiencia en fin!  
Quitarle de la cabeza  
tengo, si puedo esta acción;  
pues, hay tan buena ocasión.)  
Déme los pies, alteza.

REY:  
¡Jesús, padre, con los brazos  
quiero que nuestra amistad  
se confirme! ¡Qué humildad!  
Estos brazos son lazos  
para que siempre me tenga  
en memoria de su amor,  
que yo pagaré el favor

cuando del África venga.  
Dios lo sabe. Agora quiero  
que me eche su bendición.  
A esto vine.

PEDRO:  
(¡Qué aflicción!) Aparte

REY:  
¿Qué se entristece?

PEDRO:  
Primero  
os quisiera suplicar,  
pues esta guerra, señor,  
ni es de provecho, ni honor,  
que la excuséis. Esto es rogar.  
Vos vais, señor contra un moro,  
y queréis hacerle la guerra  
para quitarle la tierra.  
Infiel es, yo no lo ignoro,  
mas supuesto que él no ha dado  
ocasión a vuestra gente,  
es reventar de valiente  
inquietar al sosegado,  
y, por vida de los dos,  
perdonad mi arrojamiento,  
que de esta guerra no siento  
que sea servido Dios.

REY:  
¿No es guerra contra un infiel,  
loco y bárbaro?

PEDRO:  
Es así;  
mas, ¿vos no intentáis aquí  
quitarle su tierra a él  
para juntarla a la vuestra?  
Que esto tuviera disculpa;  
que la codicia no es culpa  
si contra infieles se muestra.  
Mas tener esa codicia  
para que otro moro sea  
quien esta tierra posea,  
ni es religión ni es justicia.

REY:  
Mire vuestra reverencia...

PEDRO:  
Muy bien mirado lo tengo.

REY:  
Yo por consejos no vengo.

PEDRO:  
Ya sé que es impertinencia,  
que hable en esto mi humildad.

REY:  
Pues déjelo.

PEDRO:  
Quiere Dios,  
aquí para entre los dos,  
que sepa su majestad  
que son medios inhumanos,  
sin piedad, y sin decoro,  
que el favorecer a un moro  
cueste sangre de cristianos.

REY:  
No es mi fin favorecelle,  
que ya se que no era ley.

PEDRO:  
Pues, ¿qué?

REY:  
Vencer a Muley,  
y que el otro firme y selle  
los partidos que me hace,  
que son de muy grande peso.

PEDRO:  
Dos cosas respondo a eso  
a ver si se satisface.  
Lo primero, que no es cierto  
el vencer, porque el vencer  
no estriba en nuestro poder.  
Lo segundo, que el concierto

no está seguro.

REY:

Sí, está  
porque, aunque bárbaro rey,  
es rey, y muerto Muley,  
su palabra cumplirá.

PEDRO:

¿De suerte que queréis vos  
que constante un moro esté,  
y que a vos os guarde fe  
no teniéndola con Dios?

REY:

Padre no me apriete mas;  
que yo tengo confesor.

PEDRO:

Y que lo sabe mejor;  
mas no que os estime mas.

REY:

Pues, ¿cómo no me lo dice?

PEDRO:

Quizá no habrá reparado.

REY:

Y mi consejo de estado  
¿cómo no lo contradice?

PEDRO:

Eso, señor, no lo sé.

REY:

¿Y mis privados y amigos?

PEDRO:

Los amigos por testigos  
no valen aquí.

REY:

¿Por qué?

PEDRO:

Porque nadie al descubierto,  
quiere decir un pesar  
a quien pretende agradar.  
y es esto, señor tan cierto,  
que yo con que vengo a ser  
desas cosas enemigo,  
no os dijera lo que os digo  
si os hubiera menester.

REY:

Luego, ¿hay en el mundo quien  
con engaños me hable a mí?

PEDRO:

Estoy por decir que sí,  
porque si lo mira bien  
veré vuestra majestad,  
que es en las humanas leyes  
plaga antigua de los reyes  
el no tratarles verdad.

REY:

Y, ¿qué es la razón?

PEDRO:

Haber  
castigo para el malsín,  
para el loco, para el ruín,  
para el de mal proceder,  
para el ladrón, para el malo,  
y en fin por cualquier camino  
para cada desatino  
cárcel, horca, afrenta, o palo,  
y no haber pena, señor,  
para los que lisonjean,  
y la verdad regatean  
por conservar el favor;  
que aunque es delito tan fiero,  
que ni en otro lugar  
nunca he visto castigar  
a nadie por lisonjero;  
mas yo que os quiero más bien  
lo que siento he de decir.

REY:

Y yo Pedro lo he de oír

aunque no me suene bien.  
(No sé qué estrella o qué imperio Aparte  
conmigo este padre tiene,  
que me templa, y me detiene  
por un secreto misterio;  
pero es santo, y en lugar  
de padre le he respetado.)  
Pedro, hablad con desenfado.

PEDRO:  
Pues, no me habéis de obispar...

REY:  
Lo que quisiere me diga.

PEDRO:  
Señor, para aquesta guerra,  
despues de apretar la tierra,  
tanto su gusto os obliga,  
que hasta la iglesia ha pagado  
su parte, como si fuera  
un gremio cosa que altera  
el pecho mas reportado,  
los vasallos aunque os aman,  
y vuestro gusto procuran,  
en la plaza lo murmuran,  
y en su aposento lo infaman.  
Con las sisas y derechos,  
los tratantes se detienen,  
porque dicen que no tienen  
pecho para tantos pechos.  
De sus tierras y sus viñas  
el labrador quiere huír,  
porque no puede vivir  
ya con tantas sacaliñas.  
Yo no digo que es así,  
pero digo que lo escucho,  
que siempre sabemos mucho  
los confesores, y así  
vuestra majestad lo mire,  
y lo consulte mejor  
con su padre confesor,  
y a Dios ruego que le inspire  
lo que más en honor sea  
de Dios, del reino, y del suyo.  
Yo no predico ni arguyo,

pero vuestra alteza crea,  
aunque la razón le sobre,  
que puede mucho temerse  
guerra que si viene a hacerse  
es con el sudor del pobre.  
Y si Cristo representa  
su iglesia como pastor,  
no permitáis, no, señor,  
que pase por esta afrenta,  
porque habrá quien sin decoro  
os diga que sois bien quisto,  
que le hacéis pechero a Cristo  
por hacer hidalgo a un moro.

REY:

¡Miedo me ha puesto, por Dios!

El DUQUE y al CABALLERO hablan aparte

DUQUE:

Pues que tanto se recatan  
algo de importancia tratan.

CABALLERO:

Porfiando están los dos.

PEDRO:

Pues si está resuelto en ir,  
vaya vuestra magestad,  
y de mi gran voluntad  
seguro puede partir,  
que no pasara un instante  
que con lágrimas no pida  
al cielo guarde su vida,  
y de hoy en adelante  
diré misa cada día  
por su intención.

REY:

Pues con eso,  
que temor no fuera exceso.  
En África y en Turquía,  
por más gloria de la fe,  
he de poner mis banderas  
y escribir en sus riberas  
como en ellas puse el pie.

Hoy a la madre Teresa  
de mi intención he avisado,  
pues de su amor ayudado,  
y luego con la promesa  
que su caridad me hace  
no me queda qué temer.  
Fray Pedro yo he de vencer,  
con Dios vuestro amor lo trace,  
pues contra un bárbaro voy.  
Dame los brazos.

PEDRO:  
Aquí  
estoy humilde. (¡Ay de ti!) Aparte

REY:  
Mire que su amigo soy.

PEDRO:  
(Cuando de su fin me acuerdo Aparte  
no quisiera--¡ay tiernos lazos!--  
apartarle de mis brazos  
porque pienso que le pierdo.)

REY:  
Con esto voy muy contento.

PEDRO:  
(Casi estoy por declararme.) Aparte

REY:  
Vuelva otra vez a abrazarme.

UNO:  
¡Qué piedad!

OTRO:  
¡Qué sentimiento!

REY:  
Adiós, padre, que me espera  
mi gente para partir.

PEDRO:  
Y a mi Dios para decir  
por vos la misa primera.

Tocan cajas y haciéndose cortesías  
vanse, y salen dos MONJAS Carmelitas Descalzas  
acompañando a la madre TERESA

TERESA:  
Madres no pasen de aquí,  
déxjenme a solas un rato.

MONJA 1:  
¡Qué santidad!

MONJA 2:  
¡Qué recato!

MONJA 1:  
¿Volveremos luego?

TERESA:  
Sí,  
y agora tengan paciencia  
mientras hablo a quien adoro.

MONJA 2:  
Todo su fin es el coro.

MONJA 1:  
Dios guarde a su reverencia.

Vanse las dos y saca la Santa TERESA del pecho un  
clavo, que es el que le dio Cristo, nuestro Señor, y  
besándole dice

Llegué, Señor a la divina altura  
de vuestro preciosísimo costado,  
donde el Amor de vos enamorado  
me desposó con vos por mi ventura.  
Joyas quisistes dar a mi hermosura  
y un clavo de la mano me habéis dado,  
que el corazón más veces me ha pasado  
que gotas hay en él de sangre pura.  
Clavo me dais, cuando por paz dichosa  
llega mi amor al tálamo sagrado,  
y clavo cuando el alma se desposa.  
Más bien hacéis. Discreto habéis andado  
que los clavos de Dios para su Esposa

los alfileres son de su tocado.

Suena dentro un gran ruido, como que se cae la casa

Mas--¡cielos!--¿qué ruido es éste?  
Decidme, Señor lo que es.  
Toda la casa, Dios mío,  
parece que de un vaivén  
se ha caído. ¡Qué desdicha!  
¡Señor, no tanto desdén!  
¿Cómo, Esposo, no me habláis?  
Si es que de mí os ofendéis  
tomad venganza de mí,  
castigando de una vez  
mis culpas, que por ser mías,  
muy grande deben de ser.  
La iglesia está alborotada.  
Yo voy a verlo, mi bien,  
pero ya mis monjas salen,  
y de ellas me informaré.  
Hijas.

Vuelven a salir las MONJAS

MONJA 1:  
¿Madre?

TERESA:  
¿Qué es aquello?

MONJA 2:  
Un gran mal.

TERESA:  
Pues, ¿qué fue?

MONJA 2:  
Que entrando agora en la iglesia,  
tu sobrino don Gabriel,  
se cayó de una capilla  
de repente la pared,  
y sin duda le habrá muerto.

TERESA:  
Pues vayan luego a saber  
si es así, que yo entre tanto

a mi Esposo le pediré,  
que le dé vida si importa.

Vanse y ella híncase de rodillas

Mi Dios, mi Jesús, mi Rey,  
si por esposa no valgo,  
pues no lo merezco ser,  
por esclava vuestra os ruego,  
que a mi sobrino le deis  
vida, si es para serviros;  
y vos mi amado Josef,  
de quien fui siempre devota,  
y en vuestro nombre fundé  
este convento, pedidle  
la vida de mi Gabriel;  
y vos soberano Pedro  
de Alcántara, pues tenéis  
tan de vuestra mano a Dios  
que hacéis de el lo que queréis,  
rogádselo de mi parte.  
Mas, ¿qué es esto que se ve?  
Diciendo misa fray Pedro,  
lleno de amorosa fe,  
me parece que le miro,  
y a Francisco con él,  
que la misa está ayudando.  
Y al otro lado también  
al bendito san Antonio,  
y a mi Esposo con los tres.  
Agora está en el Memento;  
agora elevado en él,  
por el rey don Sebastián,  
que parte contra el infiel,  
está pidiendo y agora  
también pide por merced  
la vida de mi sobrino.  
¡Qué soberano placer!

Toquen chirimías y descubre un altar en que  
está diciendo misa fray Pedro, y a su lado los dos santos  
y en el altar el NIÑO Jesús, como suele, y dice

NIÑO:

Esposa, por ti y por Pedro  
lo que me pides haré,

muerto tu sobrino está,  
mas mi divino poder  
le da vida por los dos,  
bien le puedes ir a ver.

TERESA:

Sin gozar de vos, Esposo,  
más despacio no podré,  
que como el amor es niño  
importuno suele ser,

NIÑO:

Pues llégate más a mí,  
y abrasaréte también.

TERESA:

Señor, el amor me lleva,  
para besar vuestros pies.

NIÑO:

Teresa tu Esposo soy,  
y pues que Pedro esta vez  
está delante, él podré,  
pues ninguno mejor que él,  
casarnos en esta misa,  
que yo, Esposa, esperaré  
con mucho gusto.

TERESA:

¡Qué dicha!

NIÑO:

¡Qué regalo!

TERESA:

¡Qué plazer!

NIÑO:

¡Qué humildad!

TERESA:

¡Qué regocijo!

NIÑO:

¡Qué gozo!

TERESA:  
¡Qué amor!

NIÑO:  
¡Qué bien!

Vuelven a tocar y cúbrese con una cortina todo

### JORNADA TERCERA

Salen el DEMONIO y el Santo, PEDRO, ya muy viejo, luchando

DEMONIO:  
Esto es tema hasta vencerte.

PEDRO:  
¿Qué me quieres, homicida,  
que me tratas de esta suerte?

DEMONIO:  
Examinarte la vida  
y darte después la muerte.

PEDRO:  
Tengo alguna culpa?

DEMONIO:  
Mucha.

PEDRO:  
Pues cese, traidor, la lucha  
y ya que tan terco eres,  
pregunta lo que quisieres.

DEMONIO:  
Ya te dejo, agora escucha.

PEDRO:  
(Cansado estoy, Señor mío, Aparte  
que como ya son los plazos  
últimos de mi albedrío,  
no tengo fuerza en los brazos

para este dragón impío.  
Dos hora ha que me trata,  
me persigue y me maltrata  
como si su esclavo fuera.

DEMONIO:

Va la pregunta primera.

PEDRO:

Ya te escucho, bestia ingrata.

DEMONIO:

¿Por qué siendo superior  
le tomas al inferior  
la escoba para barrer?

PEDRO:

Porque anima a obedecer  
el ejemplo del mayor.  
Mandar y servir no implica,  
y así quien se mortifica,  
aunque tenga autoridad,  
manda con mas libertad,  
obrando lo que predica.

DEMONIO:

Y, ¿por qué no has de dormir  
en cama, ni aun una almohada  
has de querer consentir?

PEDRO:

Porque sin Dios no haya nada  
que me pueda divertir.  
desde que mi Dios nació  
un hora aun no descansó,  
y siendo un cordero manso,  
pues si el no tuvo descanso,  
¿por qué he de tenerle yo?

DEMONIO:

Y, ¿por qué a tus religiosos  
les has de dar a comer  
unos garvanzos mohosos?

PEDRO:

Porque no pueden tener

regalos mas provechosos.  
El fraile ha de estar hambriento,  
que el que come a su contento,  
sin trabajar, ni ayunar,  
no es fraile, sino seglar,  
retraído en un convento.

DEMONIO:

¿Por qué has de mandar hacer  
para toda una semana  
lo poco que han de comer?

PEDRO:

Porque este tiempo se gana  
que se ahorra de cocer.  
Dios el día nos envía  
para alabarle a porfía,  
y así yo con sencillez,  
lo hago guisar de una vez  
para no gastar otro día.

DEMONIO:

Y, ¿por qué has de mandar, di,  
que no duerman, trabajando,  
y ayunando.

PEDRO:

Porque así  
de la vida están gozando  
sin estar fuera de sí.  
Dormido el hombre es un fuego,  
tapado, cubierto, y ciego  
con la ceniza avarienta,  
que ni luce, ni calienta  
sepultado sin sosiego.  
Y aun es peor que la muerte  
el sueño, si bien se advierte;  
que la muerte a Dios nos sube,  
pero el sueño es como nube  
que de su luz nos divierte.

DEMONIO:

¿Por qué has de ser tan cuitado  
que un alpargata siquiera  
de un cordel mal enredado  
no traigas?

PEDRO:

Porque no fuera  
ser pobre andar bien calzado,  
fuera de que no he leído  
que hubiese Cristo traído  
sandalia alguna en los pies,  
y fuera de ser descortés  
andar yo mejor vestido.

DEMONIO:

Y, ¿por qué has de andar diciendo  
con tan casada porfía  
misa por el rey, sabiendo  
que su loca valentía  
le va matando y rindiendo?

PEDRO:

Porque puede dilatar  
Dios su decreto y trazar  
que la batalla no dé.

DEMONIO:

Esta vez tu amor y fe  
poco le han de aprovechar.

Toquen cajas

Mírale como acomete,  
y muerto un caballo ya  
otro busca, y arremete  
donde su enemigo está  
y hasta su alcázar se mete.

Toquen

Mira tantos caballeros,  
fidalgos aventureros,  
extranjeros oficiales,  
plebeyos y principales,  
piqueros y arcabuceros  
todos sin remedio. Mira  
herido en el rostro al rey;  
mira como se retira,  
y de no hallar a Muley  
se abrasa, rabia y suspira.

PEDRO:  
Dios le tenga de su mano.

DEMONIO:  
Mírale reñir en vano.

PEDRO:  
¡Válgate nuestra Señora!

DEMONIO:  
Y herido de muerte agora  
en la cabeza y la mano.

PEDRO:  
Ya su triste fin advierto,  
ya del caballo cayó,  
de polvo y sangre cubierto.

DEMONIO:  
Pues, mírale allí, que yo  
no he menester verle muerto.

Tírese una cortina y tocando cajas primero  
descúbranse algunos soldados muertos, y heridos en el  
suelo, y en medio al REY, de rodillas, y lleno de sangre

PEDRO:  
¡Ah, mi rey! ¡Ah, mi señor!  
De rodillas está hincado.  
¡Qué lástima! ¡Qué dolor!  
Dios el cielo os haya dado,  
que es la vitoria mayor.

Échele su bendición y cúbrase todo

DEMONIO:  
Di agora, tus ejercicios,  
disciplinas, oraciones,  
raptos, éxtasis, silicios,  
penitencias, devociones,  
ayunos, y sacrificios,  
al rey, ¿de qué le han servido,  
si en esa tierra tendido  
aun no yace sepultado?

PEDRO:

Pues nada se ha malogrado,  
aunque el fin no he conseguido.

DEMONIO:

Si contradicción implica,  
¿cómo probarse podrá?

PEDRO:

Como Dios la misa aplica  
por lo que mejor le está,  
a aquél por quien se suplica.  
Pedí con solicitud,  
del rey salud, y quietud,  
mas Dios con gloriosa palma  
por la salud de su alma  
quiso entender salud.  
Y así mi humilde oración  
no malogró su intención,  
porque mirado su llanto  
no hay salud que importe tanto,  
como nuestra salvación.

DEMONIO:

Y tú ¿de qué has de saber  
que el rey se pudo salvar.

PEDRO:

De que es Dios quien lo ha de hacer  
y querrá la sangre honrar,  
que por el llegó a verter.

DEMONIO:

¿Qué importa si le murmura  
de temerario la ley?

PEDRO:

Antes si bien se censura  
es la conciencia de un rey  
hoy la casa mas segura.

DEMONIO:

Como el rey gobierne bien  
en paz y guerra está bien,  
pero no si es desigual.

PEDRO:

Pues aunque gobierne mal,  
está seguro también.

DEMONIO:

¿Cómo?

PEDRO:

Entrega un mercader  
cargada nave al mar,  
y temiéndola perder,  
da traza de asegurar  
lo que le puede valer,  
y aunque es el riesgo cierto,  
dando un tanto por concierto,  
hay hombre que le asegura,  
y la nave le asegura  
hasta ponerla en el puerto.  
Después el dueño en rigor,  
aunque el mar muestre furor,  
nada teme, porque sabe  
que el que aseguró la nave  
le ha de hacer bueno el valor.  
El rey es el mercader,  
la nave su monarquía,  
y para no la perder  
a sus ministros les fía  
valor, hacienda, y poder.  
Da un tanto al Juez, al Oidor,  
al Alcalde, al Superior,  
que son los que se aventuran,  
y la nave le aseguran  
en el peligro mayor.  
Si el gobierno no es süave,  
y aprieta mucho la llave.  
que tenga la culpa es bien,  
no el rey que paga.

DEMONIO:

Pues, ¿quién?

PEDRO:

Quien asegura la nave.

DEMONIO:

Que en todo me has de vencer,

pues--¡vive el infierno!--que yo  
que tengo agora de ver  
ya que con razones no  
si así te puedo torcer.

Vuelven a luchar

PEDRO:  
¿Otra vez vuelves, villano?

DEMONIO:  
Y mil bolveré.

PEDRO:  
¡Ah, tirano!

DEMONIO:  
Por cansarte he de cansarme.

PEDRO:  
¿Qué ganas en maltratarme  
siendo un humilde gusano?

DEMONIO:  
Sólo vengarme de ti.

PEDRO:  
No me derribes ni tuerzas.

DEMONIO:  
¡Ah, vil fraile, pues tú a mí!

PEDRO:  
Mira que no tengo fuerzas.

PEDRO:  
Pues menos tendrás así.

Derríbale en el suelo con un gran golpe y  
pónale el pie encima, y dice el Santo, “PEDRO”

PEDRO:  
Señor cansado y rendido,  
he tropezado, y caído.  
Valedme, Señor, valedme,  
amparadme y socorredme.

DEMONIO:

Ni te escucha, ni ha querido.  
Di agora que eres deudor  
de Dios, y que como amigo  
trata tu amor con amor.

PEDRO:

Pues sí, traidor, sí lo digo.

DEMONIO:

¿Y estando assi?

PEDRO:

Sí, traidor.

DEMONIO:

¿Tratar mal es querer bien?

PEDRO:

No, pero cuando el desdén  
sirve aunque envuelto en rigor  
de crisolar el amor,  
amor se llama también.  
Si de Dios siempre estuviera  
mi humilde amor regalado,  
poco en tenérsele hiciera,  
porque querer obligado  
deuda y no fineza fuera;  
mas tratarme desabrido  
para verse más querido  
descubriendo mi fineza,  
es de su amor sutileza,  
no tibieza de su olvido.

DEMONIO:

Ya no tengo que decir,  
que replicar, ni arguír,  
burlado quedo y corrido.

Sale ESPESO, y otros dos FRAILES acechando

PEDRO:

Ya mis frayles han salido.  
Bien te puedes ir.

DEMONIO:

¿Qué es ir?

FRAILE 1:

Parece que se quejó  
nuestro padre.

DEMONIO:

Yo me iré  
mas no para siempre, no,  
que en yéndose bolveré.

PEDRO:

Pues por eso estaré yo  
prevenido con hacer  
algún ejercicio santo,  
que a Dios pueda enternecer.

DEMONIO:

Mataréte yo entretanto.

PEDRO:

No tienes tanto poder,

DEMONIO:

Pues quédate a descansar  
con tus frailes, que a pesar  
de tu virtud loca, y vana,  
antes que pase mañana,  
si puedo te he de acabar.

Déjale haciendo algún mal y en  
yéndose, llegan los FRAILES

ESPESO:

Lleguemos de mancomún,  
porque siento aquí un run run  
que pesadumbre me da,  
y allí nuestro padre está  
tendido como un atún.

FRAILE 1:

Pues, ¿qué teme?

ESPESO:

Que el tiñoso

no le haya zaleado,  
y se esté dentro del coso.

PEDRO:  
Hijos.

FRAILE 1:  
Padre, ¿qué le ha dado?

PEDRO:  
Un mal harto riguroso.  
Ayudadme a levantar,

Levántenle

que aunque me quiero esforzar  
no puedo.

FRAILE 1:  
¡Qué compasión!

ESPESO:  
Basta que aqueste dragón  
nos ha dado en maltratar.

PEDRO:  
También le persigue a él.

ESPESO:  
¿A mí? ¡Qué bueno está eso!  
Pues, ¿con quién es él crüel  
sino con el padre Espeso?

PEDRO:  
¿Y cómo se libra de él?

ESPESO:  
Como, en dándome mohina  
cojo una vara de encina,  
y le meto en el establo,  
porque para mi es el diablo  
el gato de la cocina.  
Él anda de mayordomo  
robándome aquí y allí.  
(Gato, perdona este cómo,  
pues te hecho la culpa a ti,

Aparte

y soy yo quien me lo como.)  
Si algun pescado en remojo  
de limosna nos han dado,  
aunque esté con tanto ojo,  
se lo mete de un bocado.  
Si no lo habéis por enojo,  
en abriendo la finestra  
luego las uñas me muestra.

PEDRO:  
Pues si nada le reporta,  
ciérrelo todo.

ESPESO:  
No importa,  
que tiene llave maestra.

FRAILE:  
¿Llave el gato?

ESPESO:  
Sí, y no pasa  
de gato los fueros graves,  
porque hay gato que sin tasa  
trae un manojo de llaves,  
como mujer de su casa.  
Aunque agora poco habrá  
que pueda el gato comer,  
porque día y medio ha  
que no cesa de llover,  
y toda la casa está  
sin pan, ni otra cosa alguna,  
que es la mas triste fortuna,  
pues anda según la dieta  
todo padre de poeta,  
porque todo padre ayuna.  
Por un ojo de la cara  
no hay un pan.

PEDRO:  
Dios le dará.

ESPESO:  
Pues decir que el cielo aclara,  
a tinajas llueve ya,  
y hacia abajo, ¡cosa rara!

Así en mi tierra llovía.

PEDRO:

Hijos, ya Dios nos envía  
el remedio.

ESPESO:

¿Cómo así?

PEDRO:

Vayan luego desde aquí  
con una santa osadía  
al refitorio.

ESPESO:

¿Y allá  
hay por dicha algún maná?

PEDRO:

Dios dará.

ESPESO:

Yo no me muevo  
sino es que haya plato nuevo,  
que se llame "Dios dará."  
Quien no hubiera imaginado  
entre hombres tan crüeles,  
viéndote tan consolado,  
que algun horno de pasteles  
Dios te había deparado?  
Mas "Dios dará" no me agrada.

PEDRO:

Dios da yéndole a pedir.

ESPESO:

Pues he aquí que Dios se enfada  
y se le antoja decir,  
"Hoy no quiero daros nada."

PEDRO:

Cuando Dios responde tal  
es que ve poco caudal  
en nuestra fe, que a su amor  
a veces nuestro temor  
le quita el ser liberal.

Vayan luego al refitorio.

ESPESO:  
¿Y después de bien sentados?

PEDRO:  
Les dará Dios auditorio.

ESPESO:  
O se estarán ensartados  
como cuentas de abalorio.

PEDRO:  
Algo se ha de confiar  
de Dios y de su poder.

FRAILE 1:  
Vamos.

PEDRO:  
Dios lo ha de enviar.  
Mande tocar a comer.

ESPESO:  
Será tocar a ayunar.

FRAILE 2:  
Vamos Padre.

Vanse los dos FRAILES

PEDRO:  
¿Y el hermano?

ESPESO:  
Aquí me quiero quedar;  
porque aunque pobre gusano  
a mi Dios quiero rogar  
no nos deje de su mano.

PEDRO:  
Hará bien, que yo también  
dese parecer estoy.  
Mi Luz, mi Señor, mi Bien,  
tened paciencia, allá voy  
a pedir como Moisés.

Los que limonsna nos dan  
dos días que no han venido;  
ni con el agua podrán.  
Con esto sabréis os pido  
como de limosna el pan;  
que como en tantos desvelos,  
me han hecho padre los cielos,  
viéndome sin pan aquí  
me apasiono, no por mí,  
sino por estos hijuelos.

Vase PEDRO

ESPESO:

Esto es hecho. Ya se fue,  
y con él todos los padres,  
hasta el coro le acompañan.  
Ya le dejan, y se salen  
para entrar al refitorio,  
no a comer, sino a sentarse.  
Agora bien, ello ha de ser,  
y pues que no me ve nadie  
quiero sacar de la celda  
para casos semejantes  
ciertos relieves que tengo  
con que entretener la hambre.  
Que --¡a fe!-- que es mucha, y que pasa  
muy grandes necesidades.  
Alto pues, va de inventario.

Saca dos haces de rábanos y pónelos  
en el suelo

En el nombre de Dios, dos haces  
de rábanos son aquéstos,  
que podrán servir de ante,  
que para mi todo es uno,  
si después ha de juntarse,  
y aquesto no es procesión  
que ha de ir por antigüedades.

Saca dos o tres panes partidos

Éste es el pan. Bien habrá  
para empezar, Dios delante,  
que otro tanto dejo allá,

por si después me faltare.

Saca seis pies de puerco

Aquí van seis pies de puerco,  
que aunque tienen tan mal talle,  
y los cocí sin pelar  
me harán provecho notable,  
que no soy escolimoso.  
Así, lo más importante  
se me olvidaba. Un jarrillo  
tengo, donde apenas cabe  
un cuartillo, mas no importa  
que antes importa templarse  
un hombre, que cargar mucho  
fuera dar con todo al traste.

Saca un jarro muy grande, o un cangilón

Éste es el dedal que digo,  
agora no hay más que darle,  
y sentarse, que con esto  
podrá algún tanto llevarse  
la cruz de Cristo, aunque fuese  
razonablemente grande.

Siéntese y empiece a comer de todo

Durillos están los pies  
y tienen por muchas partes  
su poquito de guedejas,  
y su mucho de pelambre,  
mas no les ha de valer.  
¡No hay gallinas, no hay faisanes  
como un rábano, si es tierno,  
o como pica el vergante!  
¡Por Dios! Que estaba sin bragas  
el hortelano, o el frayle  
que le plantó; mas no importa,  
que el antídoto süave  
le pondrá como merece.  
Nadie a la mano me hable.

Bebe y sale fray PEDRO muy contento, con un  
panecillo

PEDRO:

¡Tantos favores, mi Dios,  
tanto amor, merced tan grande!  
Tan loco estoy de contento,  
que no puedo reportarme.  
Apenas entré en el coro,  
cuando sin tocarla nadie,  
de la hermana portería,  
que estaba entonces con llave,  
se tocó la campanilla,  
y yendo a informarse un padre,  
dos cestas llenas de flores,  
y de panes candeales,  
halló a la puerta. ¡Qué gozo  
para mi amor mas notable!  
Con eso quedan comiendo  
mis hijos. No hay quien me hable  
de contento, y así agora  
para que acabéis de honrarme,  
sólo me falta, Señor,  
que vuestra piedad le manden  
a este espíritu cansando,  
salga de humana cárcel,  
donde ha tanto que está preso,  
pues tiene causa bastante,  
que para morir, Señor,  
el nacer es harto achaque.  
O como Pablo diré,  
ya deseo desatarme  
de aquestos cordeles toscos,  
de la carne, y de la sangre,  
que quien nace para vos,  
solo cuando muere nace.  
Según mi cuenta, Señor,  
y lo que la santa madre  
me ha escrito, Teresa digo,  
vuestra esposa vigilante,  
ha de ser en este año  
el día que tantos males  
con mi muerte tendrán fin,  
para que con vos descansa;  
que sois de todos mis gustos  
el centro.

ESPESO:

No hay quien los pase.

Bravamente se defienden,  
pero el hermano gonzate  
como muele de represa,  
los lleva a fuego y a sangre.

PEDRO:

Hacia aquí se quedó Espeso  
--presumo que de cobarde--  
y tráigole un panecillo,  
porque de hoy en adelante  
aprenda a pedir con fe.  
Él estará muerto de hambre,  
que ha dos días que no come  
el pobre, y es buen fraile,  
y cierto que me entretiene  
tal vez con sus disparates.

ESPESO:

¡Oh, qué falta me hace el queso  
para contera y remate  
de esta media Sabatina.

Mírele y santíguese PEDRO

PEDRO:

No es posible que me engañe.  
¿Hay tan gran descompostura?  
¡Él es! ¿Hermano qué hace?

Túrbese ESPESO

ESPESO:

¡Jesu Cristo! ¡Aquí fue Troya!

PEDRO:

¿Qué es esto?

ESPESO:

Toda la sangre  
se me ha bajado a las piernas.

PEDRO:

Ya esto pasa de donaire,  
y es falta de religión.

ESPESO  
(Quiero tapar.) Aparte

PEDRO:  
No lo tape,  
que más vale que te sirva  
de fiscal, y que declare  
su pecado.

ESPESO:  
¿Qué pecado  
es querer desayunarse  
con aquesta niñería?

PEDRO:  
¡Niñería! ¡Dios le  
guarde!

ESPESO:  
Pues estaba en las Completas,  
porque a venir a las Laudes  
hallaras mucho recado.

PEDRO:  
Diga. ¿No dijo denantes,  
preguntándole si había  
en casa algún pan, o carne  
para la comunidad,  
que no había?

ESPESO:  
Es verdad, padre.

PEDRO:  
Pues, ¿por qué mintió?

ESPESO:  
No hice.

PEDRO:  
¿Cómo, si tengo delante  
quien le acuse?

ESPESO:  
Yo tenía  
para mis necesidades

ésas y otras zarandajas,  
que paso muchos achaques  
con aqueste estomaguillo,  
y así cuando preguntaste  
si tenía alguna cosa  
que te dar para los padres,  
dije que no tenía,  
y aquesto no fue engañarte,  
porque lo que es para mí  
no lo tengo para nadie.

PEDRO:  
¿Y fue buena caridad?  
Tome, tome lo restante,  
y haga de todo una sarta.

ESPESO:  
¿Para qué?

PEDRO:  
Para que ande  
con ella al cuello este mes,  
y porque nunca desmaye,  
ni dude de aquel amor  
que comunica y reparte  
Dios a quien le llame; tome  
este panecillo, y guarde  
lo que en la mesa ha sabrado.

ESPESO:  
Trujo más pan el Ángel?

PEDRO:  
¿Y no basta?

ESPESO:  
Sí, mas yo  
me atengo como ignorante  
a los pies, al bucarillo,  
que hace media arroba.

PEDRO:  
Alce  
del suelo esa suciedad  
de su golosina imagen.

ESPESO:

Como soy espeso; soy  
perdido por suciedades  
y, en fin, ¿habemos de hacer  
cadena in poena peccati  
de aquesta gente menuda?

PEDRO:

sí pienso castigarle.

ESPESO:

Pues plegue a Dios que no dure  
más de lo que ella durare  
el mal año en nuestra tierra.

PEDRO:

¿Por qué?

ESPESO:

Porque el hombre es frágil,  
la cadena ocasionada,  
y en sintiéndome con hambre,  
dando al estomago cuenta,  
que es el hermano contraste,  
hundiré los eslabones  
en la forja del gaznate.

Vase cargado de todo

PEDRO:

Señor, soy un ser, una existencia,  
que sustenta mi ser, y vuestro celo,  
para otro ser que depósita el cielo,  
me dio este ser por modo de influencia.  
Si el ser que tengo en propia subsistencia,  
al ser que espero en vos sirve de velo,  
no quiero ser mi ser, que es desconsuelo  
faltar a la verdad por apariencia.  
Del ser de nada antes de ser sacastes  
el ser imaginado que me distes  
y en el presente ser me colocastes.  
Mas si para otro ser me prevenistes,  
romped el ser que con este ser formastes,  
y ser vendré a ser lo que quisistes.

Al son de chirimías sale el ÁNGEL de

su Guarda

ÁNGEL:

Pedro.

PEDRO:

¿Quien es? Mas--¡ay Dios!--

¿No sois mi custodio?

ÁNGEL:

Sí,

Dios me envía a que de mí  
sepas, Pedro, que los dos  
muy presto os habéis de ver  
en la celestial Sión.

PEDRO:

(Oyó Dios mi petición!) Aparte

A tener qué os ofrecer  
por las albricias os diera.

Pero, ¿qué os puedo yo dar  
si venís señor del mar  
de la superior esfera?

El alma os daré, Señor,  
que es la joya mas preciada.  
Pero no, que está embargada  
por vuestro divino Autor,  
aunque si en Él, y con Él,  
siendo de luz reflejo,  
estáis como en un espejo,  
a vos os la doy en él.

¿Y cuándo, decid, será  
esta jornada, supuesto  
que vos lo sabéis?

ÁNGEL:

Tan presto  
que un día no pasará.  
Día de san Lucas es  
mañana, y en este día  
teniendo en tu compañía,  
porque más seguro estés  
a San Francisco tu padre,  
y al un lado--¡qué buen lado!--  
a Cristo Crucificado,  
y al otro su hermosa madre,

partirás de aquesta vida  
para la ciudad sagrada.

PEDRO:

Dichosa, amén, la jornada,  
que está tan bien prevenida.

ÁNGEL:

De esta suerte has de morir,  
mas no hay más de mostrar buen brío.

PEDRO:

Aquesto, Custodio mío,  
no es morir, sino vivir.  
Muriendo Cristo una vez,  
a su Padre se quejó  
porque le desamparó  
haciendo oficio de Juez,  
y así tembló de la muerte,  
cuando la vio cara a cara,  
porque, si Dios desampara,  
cualquier enemigo es fuerte.  
Mas si tengo de tener,  
para el trance que me espera,  
a Cristo en mi cabecera  
de quien me pueda valer,  
y luego a su hermosa Madre,  
y soberana María,  
a vos por luzero y guía,  
con San Francisco mi padre,  
bien puedo decir, mi Dios  
si tan dulce fin espero  
con vuestra ayuda, que muero  
más consolado que vos.

ÁNGEL:

Teresa estará también  
mientras dura la aflicción,  
todo el día en oración.

PEDRO:

¡Qué gloria! ¿Qué más bien?  
¿Y cómo podré pagalla,  
siendo una hormiga--¡ay de mí--  
que esté rogando por mi  
mientras dura la batalla?

ÁNGEL:

Después la podrás pagar  
en otro tanto con Dios,  
porque pienso que los dos  
poco os vendréis a llevar,  
y con esto ven que quiero  
llevarte a la enfermería.  
Arrímate.

Arrímase PEDRO

PEDRO:

¡Qué buen día  
en el de mañana espero!  
¿Y vos no os vais?

ÁNGEL:

Desde agora  
hasta vencer tu enemigo  
quiere Dios que esté contigo.

PEDRO:

El alma de gozo llora.

ÁNGEL:

Desde luego has de empezar  
a pelear contra ti.

PEDRO:

¿Y venceré?

ÁNGEL:

Pedro, sí.  
Y en señal que has de triunfar  
escucha de aquesta guerra,  
la vitoria que procuras.

MÚSICA:

"Gloria a Dios en las alturas,  
y paz al hombre en la tierra."

Cantan los MÚSICOS en tono de iglesia, y  
lleve el ÁNGEL al Santo, PEDRO, arrimado así hasta  
entrarse, y luego sale el DEMONIO solo como  
temeroso

## DEMONIO:

Como ladrón cuando quiere,  
ayudado del silencio,  
a escalar alguna casa  
para robar lo que hay dentro,  
y como teme culpado,  
aunque se arroja resuelto,  
cada sombra le parece  
un gigante Polifemo,  
cada luz una escopeta,  
cada rumor un portento,  
cada bulto un hombre armado  
cada paso más un riesgo,  
cada linterna una escuadra,  
y cada susurro un trueno,  
así yo, ladrón del alma,  
que desde el instante mismo  
en que Dios quiso criarme  
ando para robarla. Vengo  
ahora más que otras veces  
todo de temores lleno,  
de confusiones, de dudas.  
Cuanto escucho, y cuanto veo  
pienso que son nuevas gracias,  
nuevas mercedes, y nuevos  
auxilios que quiere Dios,  
en este trance postrero,  
dar a Pedro. Desde aquí  
acecharé, por si puedo  
entrar por algún resquicio  
de sus santos pensamientos,  
a proponerles los míos  
que están vertiendo veneno.  
Agora en la enfermería  
yace el miserable viejo,  
y una calentura lenta,  
hospedada entre sus huesos,  
le entumece, y acongoja,  
y aunque abrasado, y sediento  
sólo por mortificarle  
come sin beber pudiendo,  
que es la mayor penitencia  
que puede hacer un enfermo.  
Agora el médico acude,  
si bien como tiene el cuerpo

tan agotado de carne,  
tan consumido, y tan seco,  
ni las medicinas obran,  
ni se logran los remedios.  
Ya sus hijos desconfían,  
y él, en su llanto advirtiendo,  
como padre los acalla,  
y se los arrima al pecho.  
Ya el viático ha pedido,  
y aunque tan flaco y tan yerto  
que parece en pies y manos  
todo de raíces hecho,  
en viendo entrar a su Dios,  
como si estuviera bueno  
él con sus manos lo toma,  
y le dice mil requiebros.  
¡Oh, misterio inexcusable,  
por mi bien, pues quiere el cielo,  
que el hombre llegue a comer  
atributos, alma y cuerpo  
de Dios, y quede endiosado,  
puro, candido, y sincero,  
aunque primero haya sido,  
perjuro, infame, blasfemo,  
adúltero, y homicida.  
Mas sírvame de consuelo  
el saber también, que hay muchos  
tan crüeles, y sangrientos  
con Dios, y consigo mismos,  
que en vez de hacerle aposento,  
y limpiarle las heridas  
que recibió en un madero,  
se las destapan y rompen  
sin dolor, y sin respeto,  
porque el hombre que atrevido,  
bárbaro, precito y ciego,  
se comulga en mal estado,  
le crucifica de nuevo.  
Mas no es así Pedro, no,  
pues por ventura sabiendo  
el huésped que le esperaba,  
tan limpio ha tenido el pecho,  
que con ser Dios quien le vine,  
no echa menos a su cielo.  
Mas--¡ay de mí!--¿cómo agora  
tan descuidado me nuestro?

Ministros, cercadle todos,  
y si no podéis, poneros  
muy cerca, porque los lados,  
dándole valor y esfuerzo,  
ocupan Cristo y su madre.  
Atrevidos y soberbios,  
desde los pies de la cama  
probadle con argumentos,  
que en su vida no ha hecho cosa  
que agrade a Dios. Mas, teneos,  
que es gastar tiempo sin fruto,  
pues son siete los conventos  
que ha fundado. Mejor es  
desvanecerle con eso,  
y darle a entender que un hombre  
que tanto por Dios ha hecho,  
por sí merece salvarse,  
sin que Dios en este aprieto  
le favorezca, y ayude  
con su amor, y sacramentos.  
Decidle que cuando fue  
por su general electo,  
comisario general,  
confirmando este decreto  
Paulo Cuarto con poder,  
amplio, bastante y expreso,  
de reformar la provincia,  
quedaron muy descontentos  
conventos y religiosos,  
porque anduvo tan severo  
en apretar demasiado  
las constituciones de ellos.  
Habladle de Dorotea,  
y en aquellos pensamientos  
pasados. Pero, ¿qué importa,  
si fue siempre tan honesto,  
que aunque ella le habló, jamás  
alzó los ojos del suelo,  
para mirarla a la cara?  
Ministros, ya no hay remedio,  
ya pide la Extrema Unción,  
preguntando por momentos  
al médico si se acerca  
su fin, que tiene consuelo  
en que le diga que sí,  
por verse con Dios mas presto.

Ya el húmedo radical  
vencido postrado y seco,  
rinde la virtud nativa  
que difunde por los miembros.  
Ya la lengua más enjuta,  
vihuela que fue del cuerpo,  
se turba viendo romper  
las trastes del instrumento.  
Ya entorpecidos los ojos,  
ni bien claros, ni bien ciegos,  
corren la helada cortina  
como el sol se va poniendo.  
Ya tibia toda la sangre,  
por las venas discurriendo  
al corazón se recoge,  
y palpitando en su centro  
se resiste cavilosa  
viéndole con mas aliento.  
Ya la batalla se da,  
y aunque todo anda revuelto,  
Pedro está tan sosegado  
tan recogido y tan quieto,  
que de lo que el cuerpo pasa,  
parece que el mismo cuerpo  
no se da por entendido.  
Ya van llegando al extremo  
el alma ya se avecina  
a los labios macilentos,  
ya salió, ya rompe el aire,  
ya nueva vida naciendo,  
sin tocar el purgatorio,  
puro, santo, limpio, entero,  
corre, vuela, sube, llama,  
al descanso, al gusto, al centro,  
a la quietud, al reposo,  
a la paz, al bien, al cielo,  
para que después de haber  
gastado en su seguimiento  
setenta y tres años, yo,  
corrido, cansado, muerto,  
llore, gima, clame, grite,  
y en mar, aire, tierra y fuego,  
arda, brame, pene, rabie,  
porque muriendo, y volviendo  
a vivir para morir,  
desesperado y blasfemo,

me despedacen mis ansias,  
y me consume el infierno.

Sale el ÁNGEL

ÁNGEL:

Poco el cielo me ha debido  
en darle el alma de Pedro,  
porque si fue siempre santa,  
de justicia, de derecho  
era suya. ¿Aquí estás tú?  
Pues bien, de este dulce sueño,  
de esta muerte, de esta vida,  
¿qué dices?

DEMONIO:

Que estoy contento  
en cierto modo.

ÁNGEL:

¿Por qué?

DEMONIO:

Porque aunque en el solio eterno  
Pedro está participando  
de aquellos rayos inmensos,  
por lo menos en el mundo  
tengo un enemigo menos.  
Si yo aborrezco los pobres  
porque a Cristo en ellos veo,  
¿qué más gozo que saber,  
que ha de faltarles con Pedro  
la caridad, el abrigo,  
el socorro y el sustento?  
¿Qué será del vergonzante,  
del mendigo, del hambriento,  
de la encerrada viuda,  
y del afligido preso?  
Y ¿qué será de sus hijos  
sin tal padre, y tal maestro?  
Pues ¿por qué he de estar yo triste,  
si el mayor eje del cielo,  
la gran columna de Cristo,  
el firme polo del pueblo,  
y la rueda donde estriba,  
el carro del hemisferio,

se desbarata en señal,  
del futuro detrimento?  
Y si no mira en Arenas,  
frailes, prelados y legos,  
embarazar con suspiros  
la monarquía del viento,  
como huérfanos y solos?  
Pues si aquí llegan sus ecos,  
y aquí lo miran mis ojos,  
¿no fuera, di, el sentimiento  
importuno y excusado?

ÁNGEL:

Nunca te he visto tan necio.  
Pues, ¿no sabes, ignorante,  
que nunca mi amado Pedro  
pudo con su dueño tanto  
como agora que su espejo  
se está bebiendo las luces  
por los cristales del Verbo?  
Mira como agora ruega  
por sus hijos, por sus deudos,  
por sus pobres, por sus devotos.  
Y Dios, viendo el sentimiento  
que les ha dado su ausencia,  
por lo mucho que perdieron,  
le da comisión que baje,  
por particular decreto,  
a consolar a sus hijos.  
Él mismo baja con ellos.  
¿Qué dirás agora, ingrato,  
de este amor?

DEMONIO:

Que por no verlo  
me he de arrojar de este monte  
hasta el mas profundo centro.

Detiénele el ÁNGEL

ÁNGEL:

Esta vez aunque te pese  
lo has de ver.

DEMONIO:

¿A qué efeto?

ÁNGEL:

A efeto de atormentarte.

DEMONIO:

Ya suenan los instrumentos.

ÁNGEL:

¡Qué ventura!

DEMONIO:

¡Qué desdicha!

ÁNGEL:

¡Qué gozo!

DEMONIO:

¡Qué desconsuelo!

ÁNGEL:

¡Qué alegría!

DEMONIO:

¡Qué tristeza!

ÁNGEL:

¡Qué contento!

DEMONIO:

¡Qué tormento!

ÁNGEL:

¡Qué placer!

DEMONIO:

¡Qué pesadumbre!

ÁNGEL:

¡Qué favor!

DEMONIO:

¡Qué vituperio!

ÁNGEL:

¡Qué lisonja!

DEMONIO:

¡Qué martirio!

ÁNGEL:

¡Qué triunfo!

DEMONIO:

¡Qué vencimiento!

ÁNGEL:

Todo es gloria cuanto miro.

DEMONIO:

Todo es rabia cuanto veo.

Suena MÚSICA, y descúbrense por abajo  
los FRAILES a la mano derecha, y a la otra los seglares que  
pudieren, y baje de arriba un cielo, y en un trono el Santo Fray  
PEDRO, y en lo alto el NIÑO Jesús,  
y bajan hasta abajo, y abraza a los frailes, y seglares

PEDRO:

Hijos, llegad a mis brazos,  
y vosotros a mi pecho,  
dejad el triste dolor,  
detened el llanto tierno,  
y en cualquier necesidad,  
y en cualquier suceso adverso,  
a mi piedad acudid,  
con voluntad, con afecto,  
que aunque muerto, que aunque ausente  
mi Señor, mi Dios, mi Dueño,  
como siempre acudirá,  
a la pena, al desconsuelo,  
al trabajo, a la aflicción,  
al infortunio, al riesgo.  
¿No es así, Dueño, y Señor?

NIÑO:

Fieles, por mi amigo Pedro  
hasta mi gloria os daré.  
Pedid y rogad sin miedo,  
mi voluntad es la suya.  
Así otra vez os prometo,  
tomad de ésta mi palabra.

PEDRO:

Hijos, quedad muy contentos,  
y vosotros muy gozosos.

FRAILE 1:  
Con tal favor bien podemos.

SEGLAR:  
Y con tal seguridad.

PEDRO:  
Adiós, adiós.

ESPESO:  
Y con esto  
el hijo del serafín,  
por otro nombre fray Pedro,  
acaba, y Montano empieza  
para serviros de nuevo.

Tocan chirimías, y desaparece la tramoya,  
con que se da fin a la comedia del Hijo del Serafín,  
San Pedro de Alcántara

FIN DE LA COMEDIA